


# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

# CINCO DISCOS DE JADE



COLECCION

# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

69. —La sociedad de la muerte. — *Clark Carrados.*

70. — Rosas negras para morir. — *Curtís Garlan.*

71. — El brillo de las navajas. — *Ralph Barby.*

72. — La banda del Trébol Rojo. — *Clark Carrada*

*73.* — El Makimono. — *Lou Carrigan.*

**CURTIS GARLAND**

# CINCO DISCOS DE JADE

**Colección ¡KIAI! n.° 74**
**Publicación semanal**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 10.018 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1978



Documentación gráfica para la cubierta cedida por

la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España).



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

## Capítulo Primero
# EXTRAÑA HERENCIA

—Ha llegado —dijo, fríamente, Elsie Carruthers.

—¿Eh? —Alvin Carruthers se volvió con brusquedad, enarcando las cejas.

—Lo que has oído, Alvin. Ha llegado.

—Cielos... Eso quiere decir que el viejo cuenta con nosotros... —repentinamente pálido, Alvin contempló a su mujer, poniéndose en pie.

—¿No lo esperabas así, querido?

—En cierto modo, sí, Pero con él nunca se puede estar seguro de nada, Elsie. Ya sabes cómo es; cómo ha sido siempre... y lo que piensa de todos nosotros, sus familiares.

—Pero a alguien habrá de dejar sus bienes, ¿no crees?

—Por supuesto —asintió Alvin—. Sin embargo, no estaba seguro de nada hasta saber que él nos enviaba esa notificación. ¿Puedo verla?

—Sí —afirmó ella con lentitud—. Toma. Es todo lo que contenía el envío de Hong Kong.

Y ante los ojos asombrados de Alvin Carruthers, su esposa puso sobre la mano abierta de Alvin un objeto en apariencia incongruente.

Era un disco pequeño, del tamaño de una moneda de plata de un dólar. Pero no era de plata. Era verde, De jade.

Sobre el jade, en su centro, había una inscripción en lengua china, totalmente ininteligible para los Carruthers. Ambos esposos se miraron, perplejos, con una expresión desorientada en sus pupilas.

—Que me ahorquen si lo entiendo —gruñó Alvin— ¿Qué es *eso?*

—Ya lo ves: un disco de jade.

—¡Sí, maldita sea!; eso ya lo veo. Pero ¿qué significa ¿Por qué dices que eso es todo lo que él envió?

—Porque es así —suspiró ella.

—Entonces, ¿cómo sabes que ello significa... que el viejo nos llama a su lado?

—Muy sencillo. —Elsie Carruthers paseó por la estancia con un gesto burlón, mirando de soslayo a si marido—. Esperaba recibir ese disco.

—¿Tú... lo esperabas? —Alvin sacudió la cabeza— No entiendo nada.

—Si recordases mejor las palabras del viejo, no cometerías ese error.

—¿A qué te refieres?

—Alvin, la última vez que le vimos, cuando nos echó a todos de su casa, recuerdo muy bien que manifestó algo así como: «No volváis nunca más por aquí. Sólo cuando esté enfermo y sepa que la muerte

está cerca, os haré venir para revelaros mi testamento y ver cómo os despedazáis entre vosotros mismos por el botín, como buitres. No pienso escribiros, una sola letra. Pero recordad que recibiréis algo que será la llamada sin palabras. Será un objeto de jade, un determinado objeto que reconoceréis inmediatamente como mi llamada. En cuanto lo recibáis, acudid. Será el momento.»

—No recuerdo haberle oído decir esa última parte. Creo que fui en busca del coche cuando él estaba hablando, pero aunque lo hubiese oído, ya lo habría olvidado. Siempre ha sido un ser absurdo y disparatado.

—Por eso yo lo recordé muy bien. Y hoy, cuando llegó el disco, estuve segura de que era su llamada.

—También pudo ser una maldita broma sin significado alguno, Elsie —protestó Alvin, receloso.

—No —negó ella, rotunda—. Lo he confirmado.

—¿Cómo?

—Llamé a Sigrid.

—¿La llamaste?

—Sí. A larga distancia, claro. Hablé con ella. Confirmé lo que suponía. También ha recibido un disco de jade. Va a ir inmediatamente a Hong Kong.

—Ya —Alvin meneó la cabeza, soltando un resoplido—. Está bien, admito que no sólo eres muy lista; sino que tienes buena memoria y lo recuerdas todo. Te felicito. ¿Cuándo saldremos hacia; allá?

—Hoy mismo. Sale un avión hacia Hong Kong esta tarde. Ya hice la reserva de pasajes, querido.

—Piensas en todo —se admiró su marido—. Y con rapidez.

—Claro —rió ella, suavemente—. ¿Cómo no voy a pensar en todo, cuando hay˙ más de cien millones de dólares por medio?

* * *

—¿Cien millones?

—Ni uno menos. Acaso más. Se calcula su fortuna en esa suma.

—Sigrid, es fabuloso...

—Claro —sonrió la rubia nórdica con gesto burlón—. Fabuloso. Esa es la palabra; la verdad.

—¿Y por qué te deja a ti parte de esa fortuna? —indagó él—. No eres, realmente, familia suya...

—Bueno, él ha sido siempre un hombre cruel, sarcástico, caprichoso y sorprendente. Mucha gente le odia. Pero tiene cosas buenas, aunque procuré siempre ocultarlas a los demás, celosamente.

—¿Qué clase de cosas buenas?

—Lealtad, por ejemplo.

—¿Lealtad a qué o a quién?

—A mí, por ejemplo. No puede olvidar que fui la mujer que más feliz le hizo.

—No resulta difícil imaginarlo —él dejó resbalar su mirada por los turgentes y poderosos senos de la rubia joven—. Cuando te conoció, debía de tener ya más de cincuenta años…

—Cincuenta y ocho —rió, suavemente, Sigrid—. Ahora tiene ya sesenta y seis.|

—Y tú, entonces tenías...

—Veintitrés años. Una gran diferencia, ¿no?

—¡Oh, Sigrid! Me parece increíble. Podía ser tu abuelo…

—Pero no lo era. Me trató bien el tiempo que es tuvimos casados. Luego, me cansé de soportarlo. Y él no vaciló en concederme él divorcio. Nunca te oculté mi relación con él, Vince. Y aun así, te casaste conmigo…

—Sigrid, sabes cómo te deseaba entonces... y sabes que he llegado a amarte...

—Es fácil desearme y amarme —dijo la rubia, encogiéndose de hombros, cuando ya los dedos de su joven y atlético marido llegaban a acariciar sus encantos—. Mucha gente me desea; tú lo sabes. Y sólo a ti te pertenezco...

—De eso, nunca podré sentirme realmente seguro.

—Eres un celoso.

—Y tú eres demasiado coqueta…:

—No seas tonto. Soy toda tuya —gimió, cuando la mano de él proseguía sus escarceos—. Y vamos a ser ricos. Muy ricos. Ese disco de jade que hemos recibido nos abrirá las puertas de la fortuna... ¡Oh, por favor, no sigas, Vince querido...! Tenemos que hacer muchas cosas aún. El avión sale ahora, dentro de dos horas solamente... Querido, vamos a ser muy felices los dos... cuando ese dinero esté en nuestro poder...

—Sí, Sigrid, perdona —él retiró su mano del descote de su joven esposa? —. Soy un tonto. Olvida mis torpezas. Prepararé todo en seguida…

—¡Oh, tonto...! —ella misma le buscó ahora, tomándole la cabeza rubia con ambas manos, para hacerle sepultar la boca en su descote—. Te amo, ya lo sabes, mi hombre...

Luego, se apartó vivamente, con una suave risa, y corrió a terminar de preparar su equipaje. Vince, algo defraudado, se dirigió a su vez a otra estancia, para disponerlo todo para el inminente viaje.

Cuando estuvo lejos, Sigrid descolgó el teléfono y marcó un número. Su voz sonó ronca, pegada la boca carnosa al micrófono.

—¿Eres tú, querido? —susurró—. Sí, todo está a punto. Vince y yo salimos para Hong Kong inmediatamente. Sí, por supuesto. Te veré

allí. Todo irá bien, ya lo verás. El jamás sospecharía nada. Ni él ni nadie…

Sonrió, melosa, lanzando un beso a su comunicante. Luego colgó, volviendo a su tarea de llenar las maletas.

* * *

El disco de jade dio vueltas entre los dedos del hombre. Una expresión pensativa asomó a los ojos taciturnos. Un gesto risueño sustituyó al anterior, sombrío y grave.

—No es posible —masculló—. Sería demasiada dicha para… para imaginar que el viejo y poderoso tirano se naya acordado de mí en estos momentos… Precisamente en estos momentos, cuando más podía necesitarlo, cuando, todo esto puede cambiar mi vida, mi destino, mi presente y mi porvenir…

Recordaba muy bien lo que un día le dijera el viejo, allá en otro tiempo:

—Nunca recibirás un dólar de mí, Duke. No te lo mereces. Eres un pillo, y vivirás siempre como tal, de cárcel en cárcel… Si llegas con vida a mi final, si antes no te han colgado de alguna cuerda o no estás en prisión por el resto de tus días, recuerda que la llegada a tus manos de un simple objeto, un disco de jade, significará que puedes venir adonde yo estoy. Y que parte de mi fortuna será para ti. Espero que ello te sirva, cuando menos, para rectificar, si aún estás a tiempo…

No, no podía olvidar tales palabras. El viejo era un hombre que parecía leer el destino de los demás. Rara vez se equivocaba. Con él no había cometido error alguno.

Ahora acababa de abandonar la cárcel, gracias a un buen amigo que se había prestado a pagar su fianza, en compensación a un viejo favor, pero ello implicaba tener que enfrentarse con sus acreedores, tener que luchar para vivir, con todas las dificultades que una libertad provisional situaba en su camino.

Y de repente… llegaba el disco de jade.

Duke se sentía feliz. Más aún: incrédulo. Era como un sueño imposible, hecho repentina realidad. La fortuna estaba al fin allí ante sus ojos. Al alcance de sus dedos por fin…

El viejo coloso debía de sentirse muy enfermo para tomar esa decisión de llamarle a su lado. Cierto que no esperaba ir solo. También estaría. Sigrid. Y quizá los Carruthers, Elsie y Alvin… Y Spencer… Spencer con su amante, sin duda alguna. Era capaz de ello, aunque sabía que al viejo le enfurecía la presencia de aquella mujer. Pero Spencer no dejaría de llevarla consigo.

«Al diablo con todos ellos», pensó Duke. ¿Qué le importaban a él Elsie, Alvin, Sigrid o Spencer y su amante? El era otro de los herederos. Y en el peor de los casos, recibiría, cuando menos, un

puñado de millones. El tirano era infinitamente rico. Por poco que le alcanzase, representaría una fortuna fabulosa. Capaz de cambiar su vida de modo definitivo.

—Iré —musitó para sí—. Claro que iré. Es ilegal abandonar el país estando en libertad vigilada, pero conseguiré estar en Hong Kong... aunque sea con pasaporte falso. Debo darme prisa. Habrá muchas cosas que resolver antes de llegar allí...

Y Duke hizo saltar por el aire el disco de jade, como si fuese una moneda, lo recogió habilidosamente, y lo guardó en un bolsillo. Aquel redondo objeto verde parecía insignificante. Sin embargo, era la clave de su futuro.

Cuando volviera con la fortuna de aquella herencia, podría afrontar todas las acusaciones, justificar su ausencia, y si era preciso, vivir unos meses en la cárcel. La espera sería muy dulce, sabiendo que le esperaban unos millones en el Banco al salir. Millones que no procedían de delito alguno, sino de la última voluntad de un hombre que debía ver la muerte muy cerca para enviar a sus familiares aquellos discos de jade, anuncio de su inminente fin.

* * *

—Cuatro discos... —murmuró Spencer—. Ha debido enviar cuatro discos iguales. Uno a nosotros, otro a Alvin y Elsie, otro a Sigrid y su marido, otro a Duke, pese a los bajos fondos en que éste se mueve... Estoy seguro. Este es el cuarto disco. El nuestro, Muriel.

Muriel le contempló, asintiendo, pensativa. Su cuerpo moreno, broncíneo, brillaba semidesnudo saliendo de la ducha. El agua resbalaba sobre sus hombros, pechos y caderas. Se envolvió en una toalla dé brillante color amarillo, mientras los ojos de Spencer la contemplaban admirativos.

—¿No hay más familia? —quiso saber, sin revelar emoción alguna en su voz.

—En absoluto, Muriel. Sólo estamos nosotros como parientes más directos: Sigrid, porque fue su esposa y la guarda un especial afecto. No es para menos, teniendo en cuenta que se casaron separándoles casi cuarenta años de diferencia. Y que Sigrid es una mujer hermosa y deseable.

—No me gusta que hables así de otras mujeres —centellearon los oscuros y apasionados ojos de Muriel.

—¡Bah, no seas tonta! Sigrid y yo nunca hemos sido buenos amigos. No me gustó que se casara, con mi tío, siendo ella tan joven. Pensé que iba a quedarse con todo, deshaciéndose prontamente de él. Pero mi tío es mucho más duro de lo que nadie imagina, y la chica se cansó de aguantarle, anulando el matrimonio. No obstante, el viejo siempre la recordó con amor. Y seguro que la tendrá en cuenta ahora.

Después queda Elsie, que se casó con ese imbécil de Alvin Carruthers por su dinero. Claro que Alvin no es rico, sino simplemente acomodado. Y hace lo que su mujer desea. Finalmente, estará Duke...

—¿Duke? —pestañeó Muriel—. Nunca hablas de él...

—Es sobrino del viejo, como todos nosotros. Pero Duke es un sobrino muy especial. Creo que ha sido encarcelado siete u ocho veces; anda metido siempre entre garitos de juego, prostitución y drogas, y no me extrañaría que no pudiese acudir a la llamada del tío, por estar encarcelado ó algo así. Pero de todos modos, él no le desheredará. En el fondo, admira a los granujas, aunque les reproche no ser lo bastante importantes como tales, y conformarse con miserias.

—Y luego estás tú —dijo Muriel—. Y yo, claro.

—Sé lo qué vas a decir—suspiró el joven Spencer—. Mi tío no te quiere.

—Es peor que eso. Me detesta. No querrá verme allí.

—Pero tendrá que verte. Sabe que soy tan obstinado como él, y te llevaré, lo quiera él o no. Eso está decidido. .

—Spencer, ¿no sería mejor que yo...?

—No —cortó él—. Rotundamente, no. Iremos juntos. Tendrá que aceptarlo.

—Si eso perjudica la suma a recibir, sería un error...

—Ya te he dicho que él valora la audacia ajena. Preferirá vemos a los dos, por mucho que te odie, que verme ir solo, dócil y sumiso. Eso no lo tolera.

—De todos modos, necesitaré armarme de paciencia. Me atacará cuanto pueda, me hará la vida imposible el tiempo que dure, si es que dura mucho aún...

—Exacto. Ármate de paciencia. Vale la pena. Podemos recibir veinticinco millones o más. ¿No es Un buen precio por unas cuantas humillaciones, Muriel?

—Tal vez —se encogió de hombros, indecisa—, pero me será difícil aun así. Si él me odia tanto, yo no le voy a la zaga en esos sentimientos...

—Claro. Y él lo sabe —rió Spencer—. No te molestes en disimular demasiado. No le disgustará chocar contigo abiertamente, aunque ello te disguste a ti.

—Si pudiéramos recibir su herencia sin acudir allí...

—Imposible. Ya lo dijo un día: el que no acudiera a la llamada que significaría su disco de jade, se quedaría sin herencia.

—¿Por qué un disco de jade? ¿Qué significa eso?

—Nadie lo sabe. Es su secreto —suspiró Spencer—, pero en su propiedad de Hong Kong guarda un original también de jade, en un muro... y es idéntico a éste, sólo que de gran tamaño, como la rueda de un carro. Es una hermosa y rara pieza, cuyo significado nunca

quiso revelamos a ninguno…

—Y ha enviado los cuatro discos según tú.

—Sí, seguro. Son cuatro discos. Cuatro herederos. Nadie más, Muriel. Vamos, ahora dejemos de hablar. Hay que emprender viaje cuanto antes…

Ella asintió, apresurándose a disponer las cosas.

Spencer se equivocaba en algo. El viejo magnate de Hong Kong no había enviado cuatro discos de jade, aunque era cierto que sólo tenía cuatro parientes para heredarle, si podía considerarse también como pariente a su divorciada esposa Sigrid.

El viejo envió un quinto disco de jade.

Y fue dirigido al más extraño de los herederos. Alguien que ni siquiera conocía al remitente de la pieza de jade, ni tenía con él la menor relación.

## Capítulo II
# EL QUINTO DISCO

—¿Un disco de jade? ¿Qué significa eso?

—No lo sé. La misiva que lo acompaña es poco explícita, Frank. Va dirigido a nosotros, a los tres. Pero parece personalizar el mensaje en una persona: tú.

—Dame. Leeré eso, Kwan —y Frank Cole, el alto y rubio norteamericano, que fuera en el pasado actor cinematográfico y actualmente miembro de los Los Tres Dragones, de Oro, extendió su mano, dejando él disco verde sobre la mesa lacada, para tomar ahora el papel que acompañara a tan extraño envío.

Los ojos de Cole recorrieron con rapidez el texto, escrito cuidadosamente sobre un papel de inmejorable calidad, con un membrete dorado en relieve:

> «A Los Tres Dragones de Oro.
>
> «Señor:
>
> »Sé de sus hazañas en pro de los demás. Siempre ayudaron al desvalido y pusieron sus conocimientos al servicio de la justicia y del bien. Ignoro cuáles son sus reales medios para llevar tal empresa a cabo, pero imagino que nunca irá de más añadir a sus posibilidades una considerable suma de millones de dólares, en efectivo.
>
> «Esa es la herencia que les ofrezco. Un legado especial,, para que esa suma se una a cuanto ustedes manejan ahora al servició de su generosa y noble empresa.
>
> »Por favor, no falten a esta cita, Es requisito indispensable para recibir el legado. Por otro lado, si esto no es para ustedes lo bastante convincente, sepan que les necesito. Y con urgencia. Pese a mi fortuna, me siento desvalido y me acecha un terrible peligro. Si realmente desean ayudar a quien no puede defenderse, ése es exactamente mi caso.
>
> »Les indico abajo mi residencia. Les espero lo antes posible, dentro de esta misma semana. Bastará con que se presenten con el disco de jade. Sin él, jamás cruzarían las puertas de mi casa.
>
> »No me defraude, por favor. En usted y en sus amigos confío. Hasta pronto.
>
> *»Irving*

*Rosengold*.»

El nombre de Irving Rosengold se repetía también en las doradas letras del membrete, bajo un escudo con caracteres chinos en su interior. Cole arrugó el ceño.

—¿Entiendes esos signos chinos, Kwan? —indagó.

—Vagamente —dijo el joven oriental—. Es un lenguaje antiguo, posiblemente un dialecto del interior de China, de tiempos de los mandarines. Parece decir algo así como: «El oro no da la felicidad, ni el poder hace dichoso.» O cosa parecida, aunque algo más retorcida y poco clara. Hay un tercer ideograma que no logro descifrar.

—Eso es lo que me había parecido. No se asemeja demasiado al chino que yo conozco.

—Ese Rosengold vive en Hong Kong —señaló Lena Tiger, que tomó a su vez la misiva, leyéndola—. Y la carta trae fecha de hace tres días. Tendremos que apresurarnos si queremos llegar a tiempo. Suponiendo que pienses ir, Frank...

Cole sonrió, mirando reflexivo a la hermosa mulata de pelo rizoso y rostro sensual. Luego asintió.

—Por supuesto, Lena—dijo—. El asunto me intriga.

No necesitamos dinero para nuestra labor, pero si ese hombre necesita ayuda y desea colaborar a cambio de ella en la tarea de ayudar a otros, no podemos rechazar su oferta. Iremos a Hong Kong. Haz los preparativos, Kwan.

—Sí, Frank —asintió el joven chino—. ¿Quieres que averigüe, mientras tanto; qué clase de hombre es Irving Rosengold?

—No estaría de más, aunque luego tengamos ocasión de conocerle personalmente. Sí, busca datos sobre él. Si es tan rico, debe haber información acerca de su persona incluso en esta ciudad...

* * *

El avión estaba a punto de despegar. Lena Tiger y Frank Cole se hallaban ya en la zona de embarque, cuando Kwan Sharig, jadeante, se reunió con ellos. Juntos emprendieron la marcha hacia el potente reactor situado en las pistas del aeropuerto internacional de San Francisco.

—¿Algo importante sobre Rosengold? —indagó Frank, mientras se aproximaban al avión.

—Mucho —asintió Kwan, todavía con respiración agitada—. Es una especie de coloso; Frank. Un gigante de las finanzas y de otras muchas cosas.

—Lo imaginaba. ¿Es americano?

—Nació en Europa, pero se nacionalizó americano hace años. Reside desde hace mucho tiempo en Hong Kong. Ha viajado por todo

Oriente en su juventud. Sé dice que allí hizo su fortuna, de un modo que nadie sabe realmente cuál fue. Se dicen tantas cosas sobre él.

—¿Por ejemplo?

—Que no quiere a nadie. Que es un déspota y un tirano. Que gusta de humillar a los demás. Que su propiedad de Hong Kong es algo así como inexpugnable y muy vigilada por gente a su mando, como si temiera a alguien. Tiene casi setenta años, y es fuerte y duro como un roble; No admite familia a su lado, aunque tiene parientes. Ni esposa, ni hijos, aunque estuvo casado varias veces con mujeres mucho más jóvenes que él. Su fortuna actual se calcula en unos cien o ciento diez millones de dólares, aparte propiedades y empresas distribuidas por todo el mundo.

—Una verdadera fortuna —silbó entre dientes Lena.

—Ya lo creo. Tiene tres sobrinos conocidos: Spencer Rosengold, Elsie Rosengold, ahora Elsie Carruthers, por su boda con un hombre de negocios de mediana categoría, y finalmente, Duke Rosengold, conocido también como *Young* Duke o *King* Duke. Lo de *joven* es por su aspecto aniñado y seductor; Lo de rey, por los naipes. Viste elegantemente, juega, bebe, tiene amigas, fuma marihuana y es un pillo redomado. Ha estado varias veces. en la cárcel. Ahora disfruta de libertad provisional bajo fianza.

—De modo que no puede salir del país...

—Ya ha salido —suspiró Kwan, riendo entre dientes—. Me ha informado de ello un amigo del teniente Dobkin, de Estupefacientes. .Un amigo de Duke abonó los mil quinientos dólares de fianza. Parece ser que han perdido todo rastro del tipo. Se supone que obtuvo un pasaporte falso, y ya está en Hong Kong. Han informado a la policía de allá, pero no creen que puedan darle caza, antes de que llegue a la mansión de su tío Irving. Una vez dentro, nadie podrá echarle el guante. El viejo cacique negará mil veces que haya ido, y en esa casa debe haber escondrijos de sobra donde no hallar nunca a una persona oculta.

—Una curiosa familia los Rosengold... —comentó Frank, irónico, subiendo la escalerilla del avión.

—Sí, muy curiosa. Y ahora, nosotros somos también herederos suyos, en cierto modo. ¿Estará toda la familia reunida en Hong Kong?

—Sin duda. Tal vez les envió también otros discos de jade. Parece ser que es la contraseña o clave para ser admitidos dentro de la propiedad...

—Seguro —asintió Kwan Shang—. Los informes que obtuve hablan de esa finca. Precisamente Rosengold le puso un nombre muy especial: El Disco de jade...

* * *

—El Disco de Jade...

—Sí. Así se llama la propiedad, señor. Véala. Está allá, en lo alto de esa colina. No puede confundirse con ninguna otra.

Ciertamente, Frank Cole tuvo que estar de acuerdo con el taxista que les conducía ladera arriba, dejando atrás la populosa ciudad de Hong Kong. Cambió una mirada con Kwan Shang y Lena.

La casa era verde, y sus muros parecían tener el brillo mate del jade, aunque naturalmente no fuesen de tal materia, sino de una piedra imitando el tono de la misma. Estaba rodeada por una alta verja metálica, que circundaba un frondoso jardín rico en arboles. La casa se hallaba aislada de otras residencias, quizá porque los terrenos circundantes debían de ser propiedad del mismo Rosengold, y él había impedido así que se edificase allí vivienda alguna.

Cuando estuvieron más cerca, Frank captó algunos otros curiosos detalles de la mansión. La verja estaba formada en realidad por dos vallas de barras metálicas, separadas entre si por una especie de angosto corredor o pasillo, e igualmente disponía de dos puertas de acceso, también metálicas. Sobre ellas, destacaba, en piedra verde, un gran disco idéntico al que ellos recibieron, pero en gran tamaño, con los mismos caracteres chinos en su centro.

—Es como una obsesión—comentó Lena—. ¿Qué significará, *realmente,* ese disco de jade?

—Tal vez lo sepamos pronto, cuando conozcamos a Irving Rosengold —fue el comentario grave de Frank Cole.

El taxi se detuvo ante la mansión. Cole y Sus amigos salieron del vehículo. Este se alejó, tras cobrar la carrera. Los tres budokas se quedaron contemplando la entrada. Se miraron entre sí, pensativos.

—Bien, vamos adentró —dijo Frank—. Es la hora de entrar en el misterio...

Y pulsó resueltamente un timbre que aparecía en la alta puerta de verja. En el interior de la mansión debió sonar la llamada. Porque momentos después, Una figura apareció entre la arboleda del jardín.

Era un hombre alto, delgado, vestido enteramente de negro, tanto en el ceñido pantalón, rematado en botas negras de charol, como en el suéter de cuello alto, que se ajustaba a su torso flaco pero musculoso.

—Mira —musitó Kwan entre dientes—. Es un oriental. Japonés, creo,

—Sí, ya lo he notado —asintió Cole, escudriñando al que se aproximaba hacia ellos con paso firme y silencioso.

—¿Qué desean, señores? —preguntó fríamente, en correcto inglés, deteniéndose detrás de la segunda verja, sus ojos oblicuos fijos en ellos.

—Entrar. El señor Rosengold nos ha citado.

—Lo siento. El señor Rosengold tiene dadas órdenes estrictas. No recibe a nadie. No he citado a persona alguna, que no tenga la prueba evidente de que así ha sido.

—Nosotros la tenemos.

—¿Puedo verla?

—Claro —asintió Cole. Extrajo de su bolsillo el pequeño disco de jade. Lo tendió al servidor, a través de los barrotes.

El oriental lo tomó con su mano delgada y ágil. Lo examinó con ojos fríos, inexpresivos. Luego, hizo algo más. Se inclinó, situando el disco ante algo. Hubo un chasquido. Las puertas comenzaron a abrirse automáticamente.

—Un ojo electrónico —comentó Cole entre dientes—. El disco actúa como una llave magnética. Algo en él, su material, dimensión ó los caracteres en él grabados, son la clave facilitada al computador para activar las puertas…

—Evidentemente, ustedes son esperados —dijo con igual Maldad el oriental, devolviéndoles el disco, una vez estuvieron dentro del jardín, y las puertas volvieron a cerrarse sin que él tuviera qué accionarlas tampoco ahora—. Pasen, señores.

—¿Los demás han llegado ya? —se interesó Frank.

El oriental, hermético, se encogió de hombros.

—No facilito información a nadie—fue su seca respuesta—. Entren. Comprobarán por sí mismos los hechos, señores. El señor Rosengold les espera y se sentirá honrado en recibirles. Es lodo lo que sé..

De nuevo se miraron los tres jóvenes luchadores. Siguieron adelante, en dirección al edificio central, dejando atrás al vigilante de raza oriental y ropas negras, paseando inmutable por entre los bien cuidados arbustos.

—Evidentemente, sólo los poseedores de discos de jade entrarán aquí —comentó en voz baja Kwan Shang.

—Sí, parece obvio —admitió Frank—. Además, esos discos han de tener algo que impidan su fácil falsificación, De otro modo, hubieran pensado en algo para evitarlo. No creo que el señor Rosengold sea hombre que corra riesgos inútiles.

—Me fascina esta clase de misterios —suspiró Lena Tiger, risueñamente—. ¿Qué nos esperará al final del mismo?

—Eso, lo sabremos a su debido tiempo —sonrió Cole—. Lo cierto es que estamos ya metidos dentro, y debemos seguir adelante, ocurra lo que ocurra.

Llegaron en breve ante el edificio en cuya fachada destacaba el gran disco de piedra verde, imitando el jade. Unos escalones conducían a una amplia puerta de recia madera claveteada, cuyos bordes aparecían reforzados en metal, lo mismo que toda la jamba de

la puerta. Evidentemente, resultaría muy difícil forzar aquella entrada por parte de cualquiera. Nadie les esperaba allí, pero apenas pisaron los escalones de piedra, se abrió una mirilla en el portón, y una voz sonó por un comunicador cuya salida de sonido se bailaba en el exterior, junto a la puerta:

—¿Sus nombres, por favor?

—Frank Cole, Lena Tiger y Kwan Shang —dijo lentamente Frank —. Estamos invitados por el señor Rosengold.

—Bien. Introduzcan el disco de jade por la rendija situada bajo la mirilla. Es todo —instruyó la voz.

Cole obedeció en silencio. Apenas hubo entrado la pieza circular en la ranura, hubo un chasquido sordo tras la puerta, y ésta comenzó a abrirse, sin que aparentemente la manipulase nadie.

El paso estaba franco al fin. Un interior de grandes proporciones, de altos muros, techos abovedados, suelo de lustrosas baldosas, brillantes como espejos, apareció ante sus sorprendidos ojos.

Muebles oriéntales realmente lujosos formaban juego con hermosísimos tapices orientales, jarrones con flores y adornos de todo tipo, así como lámparas y colgantes típicamente chinos.

Allí, al parecer, todo era chino en decoración, aunque mezclado con un cierto ambiente occidental. Pero nada; recordaba la decoración japonesa, pese a que los servidores parecían ser todos de esa nacionalidad.

Porque el hombre ceremonioso que les recibió en el interior, vestido de negro como su compañero del jardín, era, evidentemente, japonés. Y nada había que recordase al Imperio del Sol Naciente en aquella casa, ya que hasta las flores y jarrones eran tradicionales de la antigua China y no del Japón.

Cole y sus amigos sabían lo suficiente de artes orientales —y no sólo de las Artes Marciales, por supuesto—, como para captar fácilmente ese matiz que a muchos otros occidentales, profanos en la materia, les hubiera pasado totalmente desapercibido.

—Curioso personaje el tal Rosengold —murmuró Frank, entre dientes—. Cada vez me fascina e intriga más, lo confieso...

Kwan asintió, pensativo. Lena se limitó a curiosear en silencio, sin perder detalle de cuanto le rodeaba. Tras ellos, se cerraban los portones ya. Cole, de soslayo, captó el hecho de que también funcionaban movidos por algún oculto sistema electrónico. Y que, además, estaban forrados por su interior con recias planchas de acero.

Virtualmente, era una puerta inexpugnable; incluso resistiría más de un ataque con potentes explosivos. Se confirmaba su sospecha de que Irving Rosengold no corría riesgos.

—Bien venidos, señores —saludó, con una respetuosa inclinación, muy propia de un japonés, él hombre de la entrada al

edificio—. El señor Rosengold les espera.

—Supongo que será inútil preguntarle si los demás llegaron ya —anunció Frank, con cierto tono irónico.

Los almendrados ojos del nipón se clavaron en él. Eran ojos inexpresivos y nada amistosos, como los del vigilante del exterior. No se mostraba hostil a ellos, pero tampoco comunicativo ni cordial. Era, en realidad, como si fuese un objeto más en la decoración ambiental, aunque dotado del don de la palabra.

—El señor Rosengold les informará de todo —sonrió, cosa que debía de ser todo lo que él se permitía en tales circunstancias—. Pasen, por favor... Este es, ahora, su hogar. Pidan cuanto precisen. Se les hará la estancia lo más confortable posible. ¿Llevan sólo ese equipaje, señores?

Señaló el maletín que portaba Kwan Shang. Este asintió.

—Por si la estancia se alargase, llevamos aquí útiles de aseo para los tres. Es todo lo que hemos traído —explicó Kwan, receloso.

—Perfecto —la sonrisa del japonés se mantuvo, como estereotipada en su aceitunada faz—, permítame, se lo ruego.

Tomó el maletín. Lo puso sobre un largo banco de madera. Cole notó que el oriental pulsaba un resorte junto a ese asiento. Pero no sucedió nada. Sencillamente, el oriental, tras mirar fijamente al maletín, pareció esperar algo. No se produjo, y su sonrisa se amplió ligeramente, indicándoles una amplia escalera curva, que arrancaba del fondo del vasto vestíbulo.

—Suban, se lo ruego. Yo mismo subiré su maletín, ¡Ah! Encontrarán ropas en sus habitaciones. De diversas tallas, Elijan las que mejor les vaya. Otro servidor les mostrará esas habitaciones.

—¿De modo que tenemos que pernoctar aquí? —se interesó Cole.

—Eso creo. El señor Rosengold les recibirá en breve, y les ampliará detalles. Suban, por favor.

Obedecieron. Mientras lo hacían, Kwan hizo un comentario:

—Ese tipo hizo algo con el maletín.

—Sí —asintió Cole—Creo que hay un sistema detector, allí. En alguna otra estancia, debe verse el maletín a través de rayos equis, y detectar si lleva armas, explosivos o algo peligroso. Estoy seguro de ello. Al no sonar alarma alguna, el japonés nos autorizó el paso definitivamente.

—No se les va detalle —comentó a su vez Lena Tiger, arrugando el ceño.

—No, ninguno —admitió Frank, con expresión abstraída. .

Llegaban ya a la planta alta. Como un espectro silencioso, un tercer japonés, igualmente inescrutable é igualmente enlutado, que podría parecer hermano gemelo de los anteriores para alguien que no

conociera bien a los japoneses, asomó en el rellano, inclinándose ceremonioso.

—Buenos días, señores —saludó—. Síganme. Tienen sus habitaciones a punto.

Les abrió paso por un amplio corredor. Había numerosas puertas a ambos lados, pero el oriental parecía saber muy bien adónde conducirles. Las puertas aparecían rotuladas con caracteres chinos, en metal dorado. Vagamente, podían recordar las de un lujoso hotel exótico. Pero había algo más íntimo y hermético en todo aquello, pese a su amplitud y disposición. Tapices chinos bellísimos colgaban de los muros, entre puerta y puerta. Cole calculó que la decoración de aquella casa valía millones de dólares.

—Sus habitaciones —dijo el oriental—. Estas son, señores. Una, para los dos caballeros. Otra, para la señorita. No tienen confusión posible, si entienden algo de chino…

—Entendemos —afirmó Cole, mirando el símbolo de cada puerta —. Muy ingenioso. El signo de Taos en cada puerta En una falta un color. En otra falta otro. En la esfera que falta el rojo es el símbolo del Yin, o elemento femenino. En la que falta la parte negra es el símbolo de Yang, o elemento masculino[1]. Ciertamente, no hay error posible.

El oriental abrió las dos puertas, asintiendo con una sonrisa amable. Los dos hombres se dirigieron a su alojamiento, y Lena al suyo.

—Pueden vestirse con las ropas que más les gusten —señaló el japonés—. Luego, esperen a que suene un gong. Lo oirán perfectamente. Será el momento de bajar a ver al señor Rosengold. Y el almuerzo estará servido. Todo lo que necesiten, no tienen más que pedirlo. Hallarán el llamador en cada habitación. Que disfruten de la hospitalidad del señor Rosengold, señores.

Volvió a inclinarse, y se aleja Leña cambió una mirada con ellos, suspiró, y entró en su habitación. Frank y Kwan hicieron lo mismo por su parte. Como ya habían imaginado, no tenían que compartir una misma habitación los dos. Era una especie de *suite* para dos personas, con un recibidor, una salita y dos dormitorios suntuosos, decorados al estilo oriental, también, pero con comodidades occidentales.

Apenas se hallaron dentro, e iban, a hacer algún comentario sobre su singular situación dentro de aquella casa, empezaron a suceder cosas.

Las puertas de los armarios empotrados se abrieron violentamente. Cuatro figuras humanas saltaron sobre ellos, con un ronco grito que helaba la sangre en las venas:

—*¡Kiai!*

Y ambos supieron que era un ataque a muerte. Iban a asesinarles, a golpes.

Al mismo tiempo, de las habitaciones opuestas, llegó el grito agudo de Lena.

## Capítulo III
# EL PELIGRO DENTRO

Todo sucedió tan rápidamente, que resultó realmente sorprendida.

Lena Tiger abrió las puertas de su amplio armario empotrado, para buscar, con muy femenino afán, lo más bello y exótico para ponerse en la recepción ofrecida.

Entonces fue cuando se encontró con el peligro imprevisible.

Porque de entre las brillantes ropas colgadas en hilera dentro del armario emergieron dos sombras rápidas, fulminantes. Dos hombres enmascarados con una especie de media caperuza púrpura que les llegaba hasta la nariz, y en la que se abrían unas ranuras para los ojos.

Las dos formas humanas se lanzaron sobre ella vertiginosamente. Lena sintió el impacto de un pie en su rostro, en un perfecto *Mae-Geri-Jodan,* y saltó hacia atrás, tambaleante, yendo a caer sobre el lecho, cuando el segundo adversario, sin concederle reposo alguno, la alcanzó a su vez con un golpe seco en el hígado, su mano en posición de *shuto o sable.*

Casi sin aliento, y realmente aturdida por lo imprevisto y contundente del ataque, Lena, en el lecho, vio saltar hacia ella, en *Tobi-Keri,* con los pies proyectados hacia adelante, a uno de los agresores, mientras el otro rodeaba el mueble, para atacarla por detrás, con sus manos en amenazadora posición de *Tanagokoro-Tsuki,* para descargarle un golpe con el endurecido talón de su mano.

Lena sabía que sus agresores eran perfectos karatekas, aunque su técnica, algo sinuosa *y* felina, le recordaba más la práctica del *kung-fu*, si bien las *katas* respondían a la más depurada línea del karate.

—*¡Kiai!* —rugió su agresor, al iniciar el *Tobi-Kéri*, ya hendiendo el aire, con sus piernas proyectadas hacia adelante, para estrellar ambos pies en el cuerpo vencido de Lena Tiger.

Lena sabía que su grito anterior, agudo y dé alarma, tuvo que llegar forzosamente a oídos de sus amigos, porque ella también acababa de captar, en la confusión del momento, el violento *«¡kiai!»* emitido por otra voz humana, allá en las dependencias de Cole y de Kwan.: Era evidente que también ellos estaban en apuros, en esos momentos.

Si hubiese recibido simultáneamente el impacto del saltador y el del talón de la mano de su otro adversario, hubiera terminado allí mismo la batalla, porque no podía enfrentarse a tal cantidad de golpes

devastadores. Y estaba segura de que, apenas cayera inconsciente, aquellos atacantes de siniestro aspecto la rematarían fríamente.

Lena, sin perder momento, giró alocadamente sobre el lecho. Al mismo tiempo, estiró sus manos con la rapidez de vértigo de que era capaz. Su cuerpo, pese al estar postrado y dolorido, sacó fuerzas de flaqueza y recuperó la agilidad felina que era su más destacada virtud.

Aferró la mano del segundo enemigo, mientras los pies del primero se estrellaban, inofensivos, sobre el lecho, sin alcanzarla. Rápida, efectuó una llave brusca, y violenta, aprovechándose de la propia fuerza del enemigo, y notó crujir ásperamente el hueso, cuando muñeca y codo del segundo enemigo se partieron fácilmente. Un alarido de éste acusó el insoportable dolor, y ya luego fue fácil lanzar por los aires el cuerpo del individuo, que fue a estrellarse violentamente contra la pared, con su brazo colgando como algo postizo y sin vida.

El que cayera sobre el lecho intentó disparar de nuevo sus piernas, y también trató de aferraría por la cabeza, para asegurar su golpe. Pero en aquel breve instante de respiro, Lena había recuperado ya sus facultades casi íntegras.

Y saltando del lecho como si éste fuese una cama elástica, fue ahora ella la que emitió un poderoso y ronco alarido:.

—*¡KIAI!*

Simultáneamente casi, su cuerpo moreno, musculoso y sensual, convertido en máquina destructora, saltó sobre el enemigo en un increíble brinco de *Tae-Kwon-Do* o *Karate Volador.*

Fue *un An-Cha-Ki* perfecto. La patada frontal se estrelló sobre la nariz y boca del adversario, haciendo crujir sus huesos, y destrozando así totalmente su dentadura, en medio de un raudal de sangre que invadió la parte baja de su rostro, allí donde no había máscara, al tiempo que un bramido de insoportable dolor brotaba de la maltrecha boca del agresor. Lena Tiger, sin vacilar un instante, remachó su obra con otro salto espectacular, y un golpe de *Yon-Cha-Ki, o* golpe violento de talón de su pie derecho, sobre la cabeza del adversario.

Este exhaló un gemido ronco, se convulsionó, y quedó inmóvil sobre el lecho en medio del charco de sangre que se escapaba de su boca y nariz.

Lena Tiger se había salvado de una muerte cierta; estaba segura de ello. Y, además, había vencido a dos poderosos adversarios, las razones de cuyo ataque eran, para ella, un completo misterio.

Se volvió hacia el tipo del brazo roto. Este corría hacia la puerta, intentando huir de allí. Lena se lanzó a sus piernas, velozmente, para aferrarle por ellas y derribarle, en un *plongeon* increíblemente rápido y ágil.

El hombre cayó sobre su brazo roto, le chascó la clavícula,

exhaló un grito ronco, y se quedó inmóvil, bajo la llave de *aikido* a que ahora le sometía Lena, inmovilizándole en el blanco Suelo alfombrado de la habitación.

* * *

Frank Cole terminó con su segundo adversario con un demoledor *Uchi-Ude-Uke,* con la mano derecha, a la que Siguió un *Mae-Geri-Jodan* del pie zurdo, que aplastó al tipo, contra el muro. Por él resbaló, hasta reunirse con su compinche, que había caído ya sobre la moqueta roja que alfombraba la estancia, con la espina dorsal rota por un terrorífico golpe de Cole en su *Soda,* o séptima vértebra cervical, golpe que era mortal de necesidad.

Al mismo tiempo, Kwan Shang, utilizando su técnica de experto en *kung-fu,* había abatido al primero de sus enemigos con una serie de golpes rápidos, sus manos en posición de *Hit-Chao* o *zarpa de tigre,* para proceder entonces, con una celeridad vertiginosa y una armonía de movimientos realmente increíble, a disparar de modo simultáneo sus piernas y brazos, las manos en *Tao-Shot o sable,* de modo, que el contrario, acorralado y aturdido por la lluvia de impactos que le impedían a él salir de aquella especie de telaraña, no podía ya eludir el acoso constante, que debilitaba sus defensas por momentos.

Dispuesto a terminar de una vez con el desigual duelo, Kwan Shang saltó de repente sobre el antagonista superviviente, y rompiendo su clásica postura de *Ne-koashi-Dashi,* introdujo entre la guardia del otro su brazo derecho y su pierna izquierda, en un doble juego agresivo, un movimiento eficacísimo de *Chuka-Shiki,* que estrelló pie y puño, respectivamente, el primero en el mentón del encapuchado púrpura, y el segundo, descendente, en sus órganos genitales. Un alarido acusó el dolor insoportable sufrido por el contrario, que se dobló, al borde del desvanecimiento, pese a su evidente resistencia física. Ya fue cosa sencilla rematar el triunfo.

Kwan le descargó su mano en posición de sable sobre la nuca, como un mazazo. Y el individuo se desplomó de bruces, igual que si le hubieran fulminado. Era el fin de la pelea.

—Ya está —resopló Kwan, volviéndose hacia su amigo—. ¿Has llamado, pidiendo ayuda?

—¿Para qué? —sonrió Cole—. Vi que te bastabas tú solo con ese par de rufianes enmascarados. Ahora llamaremos para que recojan la basura…

Kwan rió, también, recuperando el aliento, y contempló a los dos enemigos de Cole, a los que éste había despojado de sus caperuzas. Eran orientales, pero no japoneses, como los servidores del misterioso amo de la casa, Irving Rosengold.

Eran chinos. Kwan no podía confundir a compatriotas suyos.

—Chinos... —murmuró—. ¿Lo entiendes, Frank?

—No. Todo el Oriente parece haberse dado cita en esta casa. No creo que estos tipos estén al servicio de Rosengold. De ser así, la estancia en este lugar no iba a ser nada agradable...

Ya había pulsado el botón de llamada. Momentos después, golpeaban suavemente la puerta. Cole fue a abrir. Hizo una invitación.

—Entre —pidió al japonés de negras ropas—. Teníamos algo en la habitación. No creo que eso formase parte del comité de recepción...

Y se encaminó rápidamente a la habitación de Lena Tiger, qué ya se abría, asomando ella, sonriente, en el umbral. Frank la miró, aliviado. .

—Lena... —murmuro—. ¿Hubo problemas?

—Sí —asintió ella—. ¿También vosotros?

—En efecto. Eran cuatro. Creo que pretendían asesinamos a golpes.

—También a mí los dos que esperaban —asintió Lena, mientras otro japonés enlutado avanzaba, rápido, por el corredor, sin duda atendiendo la llamada de la mulata—. ¿Es la forma de dar la bienvenida a los huéspedes?

—Eso lo aclararemos pronto —dijo Cole. Y al oír al japonés gritar súbitamente, saliendo del cuarto suyo y de Kwan, dando la alarma en su lengua, añadió, pensativo—: No, evidentemente, no. Están tan sorprendidos y alarmados como nosotros. O tal vez más...

Momentos después, una especie de nube negra aparecía en el corredor de habitaciones. Eran, al menos, una docena de japoneses enlutados, pero esta vez iban armados de pistolas automáticas provistas de silenciador, arma nada tradicional para un descendiente de *samurais,* aunque sin duda sumamente práctica para defender a un millonario y a sus invitados en peligro.

—No comprendemos cómo se lograron infiltrar esos seis hombres en la casa —explicó, con aire desolado, el japonés que se ocupaba de acomodar a los huéspedes—, pero el señor Rosengold les pide disculpas por ello. No volverá a suceder, tienen su palabra.

Se llevaron rápidamente a los seis hombres, algunos de ellos ya cadáveres en la dura lucha entablada con los tres budokas amigos. Frank se preguntó qué harían ahora con ellos. Y cuál sería el motivo de la estancia de seis chinos, luchadores expertos de karate, dentro de una casa decorada al estilo chino y servida por japoneses. En todo aquello, había demasiados contrastes inexplicables que Frank no lograba entender por el momento.

Pero algo sí entendía muy claramente en aquellas circunstancias: la estancia en la casa del millonario empezaba a no gustarle lo más mínimo. Y sin embargo, algo le decía que era demasiado tarde para

volverse atrás. Quizá ahora ya no era tan sencillo salir de la casa.

Y no sabía bien hasta qué punto su instinto no le engañaba. No tardó en comprobarlo, cuando conoció a Irving Rosengold, en el anunciado almuerzo.

* * *

—Bien venidos, señores. Yo soy Irving Rosengold.

Era, realmente, un hombre notable. Lo hubiera sido, aun sin sus millones y sin aquella mansión esplendorosa y el enigmático envío del disco de jade.

Estrechó la mano de cada uno de ellos sin revelar el menor prejuicio hacia la raza de Lena Tiger o de Kwan Shang. Para él, todos parecían ser iguales.

Era un hombre alto, poderoso; atlético sin duda. Muy rubio, aunque ese tono de cabellos se mezclase ya con el blanco plateado de numerosas canas. Ojos muy azules, estrechos y fríos, en un rostro ancho, anguloso, de ganchuda nariz de halcón, boca grande, de labios sensuales. Vestía elegantemente, de *smoking* azul oscuro. Un cigarro adosado a una larga boquilla de ámbar y oro, humeaba lentamente, entre sus dientes apretados.

A su lado, una mujer hermosísima, de cabellos negros como el azabache, ojos Sorprendentemente verdes, figura alta, esbelta, pero de formas turgentes y llamativas, que ella se encargaba de realzar con un vestido largo, ceñido, de malla negra, que lo único que hacía era envolver su carne desnuda, como una red tupida, dejando advertir la gallardía de unos pechos igualmente hermosos, redondos y firmes.

—Mi compañera y amante, Sue Marston —presentó, sin demasiada delicadeza, la voz fría *y* ruda del millonario—. No ha querido casarse conmigo, pese a todos mis millones. No desea mi herencia, sino vivir a mi lado y disfrutar de todo mientras yo viva. Eso la enaltece. Por ello no puedo dejarle herencia, Nuestro Gobierno succionaría ávidamente la mayor parte, en impuestos. Pero no podrá quejarse cuando yo muera. Mis regalos, en vida, ya sean en joyas, posesiones o dinero, compensarán sobradamente de esa herencia y del dudoso honor de lucir mi apellido.

Los tres saludaron, ahora, a la singular amante de Rosengold, que rió entre sus labios gordezuelos y voluptuosos, mirando alternativamente a los invitados. Sus verdes pupilas, del tono mismo del jade, se fijaron por más tiempo en Frank Cole, y la sensibilidad femenina de Lena Tiger no pasó por alto ese detalle.

—De ese modo, al menos, Irving sabe de alguien en este mundo que no desea su muerte —rió, suavemente, la hermosa amante—. Esa persona, soy yo, por supuesto.

—Es la única de la que puedo fiarme —sonrió, a su vez, el

anfitrión—. Lo cual es más de lo que suponen.

—Usted hablaba de peligros en su misiva... —recordó Frank.

—Peligros y bien ciertos. Ya han conocido uno, por triste circunstancia. Eso no volverá a ocurrir, tienen mi palabra. Esa gente son como demonios. Pueden infiltrarse en cualquier parte. Pero ya no volverán a entrar aquí. Sencillamente, no podrán hacerlo.

—Esa gente que nos atacó... eran chinos. ¿Están a sueldo de alguien?—se interesó Frank.

—Peor que eso. No cobran dinero por matar. Son fanáticos. Creen que ésa es su misión, y la cumplen con ciega obediencia.

—¿Una secta? —sugirió Kwan Shang, frunciendo sus cejas.

—Sí, señor Kwan, algo así —asintió, rápido. Rosengold, volviéndose a él—. Una secta particularmente, temible, puede creerme... Pero eso no es todo el riesgo que corro. Existen otros quizá peores. Y más solapados menos evidentes. Mi propia familia.

—¿Su familia? —Cole miró en tomo—. Creí que vivía solo. Es decir, con la señora Marston...

—Y así es —asintió ella con un suspiro, sin quitar sus inquietantes ojos jaspeados del rostro de Frank Cole—. Vivimos solos, pero Irving tiene su familia. Gente que daría media vida por quitarle, a él, la suya.

—¿No están aquí ninguno de ellos? —se extrañó Cole.

—Estarán, no lo dude —rió suavemente Irving Rosengold—. Sé de algunos que están al llegar. Recibí sus telegramas. Otros, se hallan ya aquí, en Hong Kong

Pero les he enviado un mensaje al hotel. No llegarán hasta esta tarde, antes de la cena.

—¿Eso significa que solamente nosotros asistimos a su almuerzo? —se interesó Kwan Shang.

—Exacto. Sólo nosotros cinco nos sentaremos a la mesa —señaló la misma, servida a la usanza oriental, aunque el mueble era típicamente occidental, así como los cómodos asientos mullidos, en contraste con la decoración ambiente—. Por favor, pueden irse acomodando. La comida estará servida inmediatamente.

Obedecieron todos, Cada lugar tenía su tarjeta con el nombre del comensal; de ese modo. Cole quedó con Lena Tiger a su izquierda... y la hermosísima belleza morena de Sue Marston a su derecha, teniendo algo más allá al anfitrión y dueño de la casa, Irving Rosengold

A Lena, evidentemente, no le gustó que aquel cuerpo desnudo íntegramente, si se exceptuaba la tenue envoltura de aquella malla negra, se hallase tan cerca de Cole. Su gesto era elocuente al mirar a la amante del millonario y luego a Frank. Este fingió no advertir nada.

Un golpe de gong marcó el inicio del almuerzo. Los silenciosos servidores japoneses dispusieron en la larga mesa una serie de platillos

con diversos manjares a la usanza China, rodeando un pato lacado que ocupaba el centro de la mesa.

El pato, hecho a la usanza tradicional china, asado con maderas de peral y de datilero, mostraba su dorado y apetitoso aspecto en la fuente, para ser ingerido en tortitas que se untarían en crema o salsa de cacahuetes, trozos de pollo y otros manjares típicos, a ser posible utilizando palillos.

Los tres budokas sabían manejarlos, y comer a la usanza china. Rosengold y su compañera demostraron que también conocían esas técnicas. La comida resultó exquisita, sin faltarle los detalles del *chow-mein* y el arroz cocido, así como un delicioso caldo de aletas de tiburón.

Finalmente, se pasó a la parte puramente occidental de la comida: café y brandy, en otro saloncito inmediato, en el que aparecían numerosas jaulas doradas, con pájaros multicolores, ante una gran vidriera asomada al frondoso jardín, por la que entraba tamizada, la luz del sol, ya que la coloración del vidrio era de un suave tono amarillo ambarino.

El almuerzo había sido silencioso, salvo breves y triviales comentarios. Ahora, Rosengold parecía dispuesto a hablar. Su amante se entretenía, como ajena a todo, atendiendo cariñosamente a los pájaros. Kwan y Frank no pudieron evitar una ojeada a las nalgas dé la hermosa morena, muy marcadas bajo la malla, exhibiendo su, espléndida y mórbida desnudez. Lena Tiger, con ojos maliciosos, les sorprendió en su examen, y Kwan disimulo cuanto le fue posible. Cole se limitó a sonreír.

—Bien, señores. Hablemos ahora —dijo, bruscamente, Rosengold—. Les he hecho entrar en mi casa antes que a mis parientes por un motivo concreto: necesite su ayuda, ya se lo dije. Su presencia aquí significa que puedo contar con ella. Por lo tanto, deben saber lo que ocurre. Y lo que puede ocurrir aquí, en las próximas horas.

—Le escuchamos, señor Rosengold —fue la respuesta de Frank..

—Les seré muy llano y escueto. Sobran explicaciones inútiles. Ya les dije antes que no me fío de nadie, excepto de Sue. Ella me desea vivo. Aunque sólo fuese por su propio egoísmo humano, valgo más para ella vivo que muerto. Mi familia es todo lo contrario. Desean mi muerte. Algunos de ellos, incluso, han intentado provocarla.

—¿Está seguro de eso?

—Sí. Muy seguro. Durante los últimos años, he sufrido diversos atentados. Con veneno, dos veces. Disparos de rifle con mira telescópica, otros tres. Envíos explosivos, exactamente cuatro. E incluso una carta con un ingenioso procedimiento, bañada en una sustancia altamente tóxica, al simple contacto con la piel humana. Confieso que en esa ocasión, me sorprendieron totalmente. Pude haber

muerto. Pero se dio la circunstancia providencial para mí, de que mi abogado, presente entonces en mi casa, se anticipó, al llevar la carta sello de urgencia y hallarme yo en el baño. El error del remitente fue poner el membrete de una empresa famosa en el sobre, una empresa asociada con mis negocios. Mi abogado, como ha hecho a veces, puesto que era también mi administrador y asesor financiero, abrió esa carta… y murió en pocos instantes. La policía de Hong Kong me dijo después, al analizar esa carta, la clase de veneno letal que impregnaba el papel interior.

—¡Cielos, qué ingenio criminal…! —admitió Cole—. ¿Sospecha de alguien?

—De todos —rió sarcásticamente el millonario—. O de casi todos, para ser más exacto. Estoy seguro de que la mayoría de mis parientes tuvieron alguna vez la tentación de matarme… y utilizaron uno u otro medio para ello. Fracasaron, pero no habrán perdido la esperanza. Ahora, sobre todo, confiarán en matarme con mayor sencillez. Estando dentro de mí casa, imaginan que será todo más sencillo.

—¿Por qué les hace venir, entonces?

—Porque quiero reírme con sus esfuerzos, burlarme de su maldita codicia y maldad. También quiero saber quiénes intentaron matarme y quiénes no. No me gustaría dejarles legado alguno a quienes son, potencialmente, mis asesinos.

—Es un juego peligroso.

—Peligroso, pero necesario… —suspiró el anfitrión, amargamente—. Tengo un testamento hecho. Es el que será, leído hoy, aquí. Ustedes no se fíen demasiado de él. Tendré, otro testamento a punto, para cuando sepa a quiénes debo desheredar y a quiénes no.

—Sigue siendo un juego peligroso.

—Claro que lo es. Sé que cualquiera de ellos intentará eliminarme en cuanto le sea posible. Por eso les necesito. Por eso les pedí ayuda.

—¿No cree que fueron ellos los que enviaron contra nosotros a esos encapuchados purpúreos?

—¡Oh, ésos…! —Cole captó un leve estremecimiento en su anfitrión—. No, no, nada de eso. Ellos son… otra cosa.

—Nos habló de una secta…

—Sí. Es una vieja historia. Olvidémosla, ahora. Habrá tiempo de referirse a ella. De todos modos, se ha revisado de arriba abajo la casa. No hay más asesinos sectarios dentro. Ni los habrá. Hemos adoptado las precauciones adecuadas.

—¿Interrogó a los que capturaron vivos?

—Sí, todos fueron interrogados —se mordió el labio inferior, como sí no quisiera añadir más.

Pero Cole, que veía algo oscuro en sus palabras, volvió a la carga, insistente:

—¿Confirmaron su suposición? ¿Por qué nos atacaron precisamente a nosotros, y no a usted o a otro cualquiera?

—Sabían que venían, ustedes. Sus jefes les ordenaron una ejecución sumaria de los Tres Dragones de Oro. ¿Lo entiende ya?

—En parte. ¿Qué más dijeron?

—Nada. Son muy herméticos. Se dejan matar sin hablar.

—¿Resistirán mucho? Podríamos intentar mediante hipnosis...

—No. Ya no. Es inútil. Han muerto.

—¿Todos? —pestañeó Kwan—. ¿Usted les hizo matar?

—No. Pero ellos sabían que iba a hacerlo, no tardando mucho. Prefirieron morir por sí mismos. Llevaban una cápsula de veneno en la boca. Se mataron.

—Ya veo —Frank inclinó la cabeza—. Estaba imaginando algo así.

—Como verá, son enemigos peligrosos. Y despiadados. .

—Usted también lo es, si pensaba ejecutarlos.

—Es una guerra entre ellos y yo. A vida o muerte.

Mataron a mi mejor amigo y a una mujer a quien quise mucho. Juré devolver vida por vida. Ellos lo saben. También han jurado matarme a mí. Acabarán consiguiéndolo, si antes no se les anticipa uno de mis encantadores parientes. Esa es, exactamente, la situación. El peligro, la Muerte, puede estar fuera, en forma de esa secta criminal, pero también puede estar dentro. En dos formas: la secta y mi familia. Procuraré que la primera no vuelva al ataque entre estos muros. Hubo un descuido, y lo aprovecharon, No habrá ninguno más. Pero mis parientes... ésos sí estarán aquí dentro. Y con ellos, vendrá la muerte, el riesgo constante. Ya sabe cómo son, a la vista de lo relatado. ¿Cree que ustedes podrán defenderme de ellos?

—Podemos intentarlo. Es todo lo que cabe decir en un caso así. Nunca hemos sido guardaespaldas de nadie, señor Rosengold, por rico que fuese.

—Lo sé. No me entiendan mal ni se ofendan. No quiero guardaespaldas, sino amigos y aliados para esta ocasión. Quiero rectificar muchos viejos errores; dar a cada uno lo que se merece. Y a ustedes, ayudarles en su obra, aunque no necesiten de mi dinero. Para ello, preciso vivir estos días, con mi familia en casa. Es como un acto de contrición. Y de estricta justicia. Les pido ayuda, no protección.

—La tendrá —dijo Cole, tras intercambiar una mirada rápida con sus compañeros—. Estamos dispuestos a ayudarle.

—Dios sea loado —resopló el millonario—. Gracias, amigo mío. No saben cómo me alivia su decisión. No se arrepentirán de ella, se lo aseguro. Les confieso que mi pasado no es precisamente limpio ni

digno. Ahora intento simplemente rectificar viejos errores y hacer algo digno que borre pasadas manchas o, cuando menos, las aminoré. Eso es todo, se lo prometo. No hay ya egoísmo alguno por mi parte. No aspiro a nada. No ambiciono nada. Lo tuve todo, lo tengo casi todo… y sólo quiero la paz interior. Y si existe alguien entre los míos que merezca realmente mi estimación, ese alguien deberá tener su premio. Del mismo modo, quien no sea digno de nada, nada deberá recibir.

—Está bien. Todo eso constituye su propio problema. El nuestro será proteger su vida.

—Gracias, Cole. Confiaba en ustedes ciegamente. Admito que no soy un hombre honesto, porque no lo he sido en mi pasado, ni mi fortuna tiene origen limpio. Tal vez un nuevo uso de lo que amasé indignamente, limpie mi conciencia; Tal vez; no lo sé. Al menos, lo intentaré. Es mi único egoísmo. Ese, y conceder a Sue lo que merece por haberme soportado estos años. Y premiar a quien de mi familia lo merezca, así como castigar a quien también lo haya merecido.

—Entiendo sus razones, señor Rosengold. Ya le he dicho que intentaremos serle útiles en este asunto, puesto que confió en nosotros y desea hacer algo digno que le rehabilite de pasados errores. Todo hombre tiene derecho a disponer de una oportunidad para rectificar sus equivocaciones. Ese es mi credo. No dificultaré esa decisión suya. Por el contrario, me gustaría que consiguiera lo qué se propone, pero no parece que vaya a ser un camino fácil, sobre todo cuando sus parientes estén aquí.

—No, no lo será. Ahora, vengan conmigo. Les mostraré fotografías y datos de todos y cada uno mis familiares. Confío en que ello les sirva para hacerse una idea previa de ellos, antes de conocerlos personalmente esta tarde… —se detuvo, sonriente, ante la gran vidriera color caramelo, mostrando con un grato el exterior, apacible y florido, que rodeaban las lejanas, verjas. Más allá, Hong Kong era prácticamente invisible a sus ojos. Dijo con lentitud—: No crean que me confío hasta el extremo de tener ventanales así, al exterior. El vidrio es blindado. No podrían perforarlo con ninguna clase de proyectil ni explosivo. Además, desde el exterior es totalmente opaco, de color negro. Nadie puede vemos.

—Lo tiene todo previsto, ¿no?

—Casi todo —rectificó sombríamente el anfitrión—. Ya lo ha visto hoy, con esos fanáticos asesinos de la caperuza púrpura. Siempre hay un fallo. Y por pequeño que sea, puede resultar funesto. E irremediable. Pero dejemos eso, ahora por favor, síganme. Conocerán, en diapositivas y datos recogidos en una computadora electrónica, a todos mis parientes. Con un último dato facilitado por la propia computadora con la documentación, facilitada. Un dato que puede sernos útil… o tal vez no.

—¿Qué clase de dato?

—Las posibilidades homicidas de cada uno de mis adorables parientes —rió sordamente Irving Rosengold—. Pero, claro está, sólo se trata del coeficiente de criminalidad obtenido por una máquina, a base de una serie de datos. No creo mucho en eso, después de todo.

—Yo tampoco —confesó Frank Cole—. Pero será divertido conocer a sus familiares esta tarde… e ir recordando el coeficiente de criminalidad en potencia que la máquina electrónica les concede… Muy divertido.

# Capítulo IV
# LOS ROSENGOLD

Sí. Empezaba a ser divertido.

Los siete miembros de la familia Rosengold habían llegado ya a la mansión del gran disco de jade. Los siete habían sido presentados, uno tras otro, a los tres budokas.

Mentalmente, Frank Cole había seguido el juego a los datos que la computadora les diese aquella tarde, tras conocer la personalidad de cada uno de los miembros de la singular familia. Cierto que uno de dichos miembros ni siquiera era familiar en ningún sentido, y solamente había sido admitido allí a regañadientes del amo de la casa, por insistencia de Spencer Rosengold, sobrino del anfitrión. Se trataba de su amante, Muriel Hoggart, otra morena belleza que, sin embargo, no llegaba ni de lejos a igualar la de Sue Marston.

—Alvin y Elsie Carruthers... —mentalmente, Cole recordó sus respectivos coeficientes como presuntos homicidas—: Sobre un total de diez, siete coma cinco, y nueve... Nada menos *nueve* para esta encantadora joven, sobrina directa de Irving Rosengold... Buena pieza debe considerarla, no sólo su tío, sino la computadora...

Y, sin embargo, Elsie parecía angelical y dulce, tímida y hasta emotiva. Cole tuvo la intuición de qué su amor por Alvin Carruthers no era, precisamente, avasallador.

Luego conocieron a Sigrid Colman, esposa de Vince Colman. Era la anterior esposa de Rosengold, y a la que él guardaba una especial consideración y afecto.

La computadora, en este caso, había sido muy benévola: tres y tres coma cinco, era la posibilidad de afán homicida de ambos esposos. El marido también acudía, a petición de Rosengold mismo. Parecía un hombre apacible y tranquilo, de aire distraído, joven y vigoroso, de cabello rubio rebelde, muy enamorado de su esposa, Cole se dijo que le recordaba a Flash Gordon.

Duke Rosengold era otra cosa. Un auténtico granuja. Su rostro, sus ademanes y su cínico humor así lo daban a entender. Había llegado a Hong Kong con nombre supuesto, usando un pasaporte falso, y había llegado hasta la casa con una serie de trucos para eludir a las autoridades de la ciudad, puestas sobre aviso.

Ahora estaba dentro, y parecía feliz con su éxito momentáneo, aunque, mucho se temía que la salida no le resultara tan sencilla. El coeficiente de la computadora era relativamente bajo respecto a él, pese a su aire de hampón elegante y frívolo, carente por completo de

escrúpulos. Siete era la cifra facilitada por la máquina. Para un *fuera de la ley,* no era demasiado. De momento, Elsie Carruthers y su marido, eran los más peligrosos. Sobre todo, ella, con aquel nueve estremecedor. Si la máquina no se equivocaba, era una verdadera amenaza aquella hermosa y encantadora joven de cabellos rojos y nariz respingona.

Por fin, conocieron a Spencer Rosengold y su amante, Muriel Hoggart.

El joven risueño, de cabello castaño y ojos fríos, resultaba casi insignificante al lado de aquella hembra, algo baja, pero de prietas carnes y rotundas curvas. Los pechos macizos de Muriel Hoggart eran dignos de una exposición *sexy,* a juzgar por lo que se veía de ellos. Y sus caderas se movían a veces, como un remolino, causando la admiración de casi todos los hombres presentes... excepto de Irving Rosengold, que la miraba con disgusto mal disimulado.

La computadora tampoco fue demasiado benévola con la pareja. La cifra de él, era un hermoso ocho. La de Muriel, ocho coma cinco. Casi tan peligrosa, en teoría, como Elsie Carruthers.

Era curioso. Las mujeres eran, allí, las peores. Sólo Sigrid, la rubia y espléndida Sigrid salía bien librada. Sin contar, naturalmente, con Sue Marston, la amante del anfitrión, que estaba al margen de toda sospecha, puesto que a ella sólo le podía interesar que su compañero siguiera con vida, cuantos más años, mejor.

Tras las presentaciones, pasaron todos al amplio comedor qué ya conocían Cole y sus camaradas. Se iniciaba la cena. Sólo que ahora no eran cinco, sino doce los comensales.

—Bien, mis queridos familiares e invitados —comentó la voz de Rosengold, al sentarse presidiendo la mesa—. Me siento poco feliz de ver reunida aquí a toda mi familia, como muy bien debéis saber, puesto que me temo que muy escasos lazos de afecto nos unen a todos. Pero era absolutamente preciso que supierais todos lo que aquí debo exponeros esta noche, y, en consecuencia, tomar la decisión que más os guste. Es decir: o continuar bajo mi techo durante unos días, o marcharos, si resolvéis, a última hora, prescindir de vuestro tío Irving. En este momento estáis aún a tiempo. El que lo desee es libre de levantarse de la mesa y abandonar la casa.

Nadie se movió. Cambiaron, miradas entre sí, algunos de ellos. Otros permanecieron silenciosos, la cabeza baja y los ojos clavados en los platos y cubiertos. Algunos osaron mirar a su tío, aunque con escasa convicción.

—Muy bien —suspiró el millonario—. Veo que no queréis marcharos. Sin embargo, es mí deber advertiros, ahora, de algo: quien no se marche en este preciso momento, no podrá hacerlo, tampoco, en el futuro, hasta que yo lo desee. Nos quedaremos todos virtualmente

aislados, dentro de estos muros, sin posibilidad alguna de abandonar el edificio. ¿Seguís pensando lo mismo?

El silencio fue esta vez cortado bruscamente por una voz irónica:

—¿Qué harás al osado que intente marcharse, tío Irving? ¿Ordenar a tus servidores orientales que le corten la cabeza de un tajo?

Irving Rosengold miró fríamente al que hablara, mientras sonaban algunas leves risas en la mesa. Su tono fue seco, incisivo:

—Aunque te parezca una broma, querido Duke, será algo peor. Mucho peor. Ya estáis avisados, ahora. Decidid.

El silencio era profundo otra vez. Se miraron de nuevo algunos de ellos entre sí. Duke, tras su broma, había fruncido el ceño. Spencer Rosengold se frotó pensativamente las yemas de los dedos, mirando con preocupación a su amante, Muriel Hoggart. La morena de formas opulentas se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien —dijo Rosengold, empezando a sentarse—. Este silencio significa que aceptáis seguir conmigo aquí, aunque maldita la gracia que ello os haga, ¿no es cierto?

—No, querido —sonó la voz suave de Sigrid Colman—. Por mi parte, no.

—Ya lo sé, Sigrid —sonrió el anfitrión—. No me refería a ti, precisamente.

Dio una palmada. Uno de sus servidores enlutados se aproximó a un gong situado a la cabecera de la mesa. Entregó a Rosengold un mazo de plata, El millonario dio un golpe súbito con él.

Tintineó musicalmente el martilleo del gong, rebotando sus ecos por toda la casa. En otro lugar distante, otro gong respondió. Irving Rosengold exhaló un suspiro.

—Bien, amigos y parientes míos —dijo, con Ceremonia, devolviendo el mazo a su servidor japonés—. Empieza la primera fase del programa. En estos momentos nos quedamos totalmente aislados del exterior, a partir de la verja de entrada. Nadie, absolutamente nadie, puede intentar entrar o salir… y vivir para contarlo.

Sigrid pareció inquietarse. Cole la miró de soslayo. Vio que se rebullía en su asiento, incómoda. Pero nadie pareció notarlo, salvo él.

—Sólo dos minutos más tarde, la segunda fase se cumplirá —dijo, serenamente, el presidente de la mesas En ese momento, las luces descendieron ligeramente dé intensidad, tras una oscilación súbita, que nadie supo a qué achacar.

Después, hubo algo allá, en el exterior. Sonaron gritos, carreras y voces en el jardín. Rosengold, sobresaltado, se puso en pie. Los invitados se miraron con preocupación.

—¿Qué es eso? —quiso saber, con tono áspero, Alvin Carruthers, el marido de Elsie, la sobrina de Rosengold.

—No lo sé —dijo fríamente el anfitrión—. Sea lo que fuere, no figuraba en el programa, estad seguros… ¡Takama! ¿Que ocurre?

El llamado Takama apareció inmediatamente. Era el servidor del interior de la casa, el hombre que recibiera a Cole y sus amigos a la entrada del edificio. Aun con su rostro, habitualmente imperturbable, revelaba una cierta emoción. Habló en voz baja al amo de la casa. Cole notó que utilizaba el idioma japonés, y captó algunas palabras sueltas. Entre ellas, nítidamente: «herido», «accidente», «desconocido». Estaba seguro de ello. Luego los hechos confirmaron tal idea.

—Señores, les ruego un momento de espera. Serénense, porque nada grave sucede. Pero ciertamente, deberemos investigar a la persona que, inesperadamente, se ha metido en mi finca poco antes de quedar ésta aislada del exterior. Un hombre ha saltado las vallas, pero a pesar de que debe ser muy ágil, ha caído, sufriendo heridas serias. Está inconsciente, y le trasladan aquí dentro, tras comprobar que no va armado. No me gusta esto, pero no podemos hacer ya otra cosa. No puede expulsársele de la mansión, ni dejarle en el jardín para que pase, allí, varios días. De modo que, con las debidas precauciones, será introducido aquí ahora mismo.

Frank Cole, sin mover un músculo de su rostro, fue estudiando pausadamente a todos y cada uno de los asistentes. De nuevo captó emociones diversas en ellos, pero muy especialmente en Sigrid. La rubia ex esposa de Rosengold, daba la impresión de estar, ahora, emocionada por algo.

Momentos más tarde, pasaban ante la amplia puerta del comedor dos servidores japoneses, portando a un hombre, con el rostro ensangrentado y el cuerpo exánime. Parecía inconsciente. Cole, rápido, contempló el rostro rubio de Sigrid a través de un espejo. Notó su crispación, su fugaz mirada de angustia al desconocido.

—¿Quién es? —quiso saber Kwan Shang.

—No lo sabemos —dijo Rosengold—. Mis servidores me informan de que no lleva documentos encima. Como han visto, es de raza blanca y bastante joven y fuerte. Veremos más tarde. Ahora será asistido aquí dentro, y vigilado constantemente.

—¿No vas a llamar a un médico, tío Irving? —pregunto, vivamente, Elsie—. Sería lo más humanitario, en este caso…

—Imposible —cortó su tío—. Ya sabéis que nadie puede entrar ni salir de mi propiedad, ahora.

—Eso es absurdo. No puedes ser tan tirano. Bastará una orden tuya para que…

—Elsie querida, ya de nada sirven mis órdenes —cortó, con frialdad, Rosengold—. En estos momentos, si no me equivoco, tampoco se puede salir ni entrar ya de la casa. El desconocido intruso ha sido muy oportuno al intentar introducirse aquí.

Todos captaron perfectamente una serie de chasquidos, procedentes de diversos puntos de la casa. Con gesto de desagrado e inquietud, Spencer indagó, apretando la mano de Muriel, su amante:

—Tío, ¿qué significa eso? ¿Qué está sucediendo?

—Una computadora está procediendo a clausurar *TODAS* las puertas y ventanas de la casa, por medio de cierres electrónicos que nadie puede accionar ya, hasta que la propia máquina los desconecte. Y para eso, está programada con un plazo de tiempo que ninguno de nosotros puede alterar. Por supuesto, si se destruye la máquina o se intente cortar el fluido eléctrico, pese a que el motor generador está en el exterior, nada ocurre. Todo permanece cerrado.

—Eso es absurdo, tío —se irritó Duke, irguiéndose en su asiento —. Estamos virtualmente encerrados.

—Eso es. Encerrados. Ya os lo dije antes.

—¿Y el aire? ¿Cómo se renueva? —preguntó, alterado, Vince Colman, el marido actual de Sigrid.

—Hay conductos para ello, Vince —sonrió Rosengold—. Tendremos aire respirable y puro en todo momento, no se inquiete.

—Un momento —era Elsie quien hablaba, ahora—. Has hablado, también, de las verjas exteriores, tío. ¿Qué ocurre con ellas? ¿También la computadora las cerró? Porque creo que aun así, se puede saltar sobre ellas, como ha demostrado ese joven desconocido…

—Lamento defraudarte, sobrina querida —dijo, sarcástico, su tío —. Pero ya nadie podría hacer tal cosa, y vivir. La primera verja, la exterior, está perfectamente normal. La segunda, la interior…, está electrificada. Una corriente de alta tensión corre por su estructura metálica., Tocarla, significa morir electrocutado. Y desconectar esa corriente, significa poner en actividad un explosivo que dinamitaría en pocos segundos toda la casa.

Sonaron una serie de exclamaciones de asombro. Solamente Frank Cole y sus dos camaradas permanecieron callados y pensativos, cambiando entre sí una mirada. Hubo protestas airadas, reproches y toda clase de expresiones adversas al anfitrión que de tal modo les encerraba sin posibilidad de salida. Imperturbable, Rosengold escuchó, con una sonrisa en los labios.

Al terminarse las protestas, alzó una mano, y habló, calmoso:

—Sé lo que pensáis todos. Es un rasgo tiránico. Bien, lo admito. Me gusta que las cosas se hagan a mi modo. Y que los demás acaten mis decisiones, sobre todo cuando van a disfrutar dé mi dinero, cuando yo no exista. Quiero teneros bajo mi control todo éste tiempo. Vigilaros, estudiar, vuestras reacciones, y saber exactamente cómo sois todos vosotros. Es la única condición que exijo para que disfrutéis de mi herencia. Creo que podéis tener un poco de paciencia. Vale la pena. Esto pasará pronto.

—¿Cuándo, exactamente? —se interesó Duke Rosengold, ceñudo.

—Mañana, al dar las doce en punto de la noche en los relojes de la casa. Como veis, solamente serán veintiocho las horas transcurridas aquí encerrados.

—Y examinados como microbios al microscopio —gruñó agriamente Spencer.

En silencio, todos comenzaron la cena. Paulatinamente, iban aceptando la tensa situación, ante la perspectiva de un buen pellizco de millones. Casi todos ellos miraban de soslayo a los Tres Dragones de Oro, como preguntándose qué hacían ellos en aquella extraña reunión familiar. De momento, nadie había hecho preguntas. Pero era obvio que sus mentes estaban, llenas de intrigantes dudas.

Fue precisamente Duke Rosengold, el elegante rufián de los bajos fondos, quien súbitamente, volviéndose a Frank Cole, hizo la primera pregunta en voz alta:

—Y ustedes tres, amigos, ¿qué diablos pintan en todo esto?

Cole sonrió, dejando de paladear la exquisita sopa de nidos de golondrina, para responder apaciblemente, bajo la mirada de halcón de su anfitrión:

—Puede decirse que somos amigos de la casa, Duke. Buenos amigos. Es todo.

—¿Y les parece lógica esta situación y los métodos empleados por mi tío?

—El es él anfitrión y él dispone. Todos tuvimos una oportunidad para marchamos, y no la utilizamos. —Frank, tras decir eso, hizo una pausa, miró a Irving Rosengold y añadió, con cierto tono grave en su voz—: Sin embargo, si he de serles sincero, les diré que, personalmente, el juego de su tío me parece tan peligroso como incómodo.

—Estoy de acuerdo con usted, Cole —dijo Rosengold, riendo—. Me gusta su franqueza. Porque es precisamente eso lo que quería yo: un juego peligroso e incómodo... para todos. Es el precio de una herencia, no lo olviden.

—La muerte puede ser un precio demasiado alto —dijo, bruscamente, Muriel Carruthers, la amante del joven Spencer.

—¿Quién habló de la muerte, mi joven y nada estimada huésped? —preguntó, sarcástico, el anfitrión.

—Nadie —repuso ella, enrojeciendo—. Es una idea que se me ocurrió. Sólo eso...

No hubo comentarios. La tensión parecía haber crecido de repente. El único ruido que se percibió después fue el choque suave de los cubiertos de plata en la bellísima vajilla china de aquella suntuosa mesa.

# Capítulo V
# UN HUÉSPED LLAMADO MUERTE

Eran solamente las diez, pero la reunión se estaba arruinando por momentos.

La mayoría quería irse a dormir. Otros preferían tomar una copa en la biblioteca, ante un hogar encendido, oyendo música estereofónica. Rosengold les daba a elegir entre audiciones de música clásica o ligera. Tenía una excelente discoteca, así como una sala de proyección para filmes sonoros. Les mostró un programa de diversas películas que tuvieron fama. Sorprendentemente, Frank leyó en la lista dos filmes rodados en el propio Hong Kong, con él de protagonista[2].

Pero la gente rechazó por absoluta mayoría la idea de asistir a una proyección y el grupo se dividió en dos bloques: los que querían leer o escuchar música, y los que preferían retirarse a sus habitaciones prontamente, dando la velada por terminada.

—Creí que habría esta noche lectura del testamento, tío —comentó, secamente, Duke Rosengold, con expresión de auténtico *gánster*.

—Pensé que era mejor dejarlo para mañana al mediodía —sonrió su tío—. Eso rompe un poco la costumbre de leer cosas así antes de irse a descansar, La idea de heredar millones; podría desvelaros y alterar vuestros nervios.

—No me importaría pasarme la noche con los ojos bien abiertos, si sé que cuando te mueras vas a dejarme una buena suma, tío Irving —rió Duke, cínicamente.

—Al menos, tú no te andas con hipocresías, Duke —sonrió, a su vez, el millonario, sin demostrar sentirse herido por el comentario de su sobrino—. Pero insisto en que es mejor que se proceda mañana a la lectura. De todos modos, recuerda algo, y recordadlo también los demás, si os parece bien: mi fortuna es enorme. Y se repartirá entre vosotros. Naturalmente, cuantos menos herederos tenga, tocarán a más los restantes.

Sin añadir una sola palabra, el millonario se alejó. Duke, pensativo, se froto el mentón, mientras encendía un cigarrillo. Al volverse, Frank Cole estaba a su lado, mirándole pensativo.

—Mi tío es así —gruñó, irónico—. Parece disfrutar con cosas como ésa. ¿Se ha dado cuenta de lo que ha querido sugerir con sus palabras?

—No —dijo Cole, ingenuamente.

—Su retorcida mente ha ideado un juego diabólico. Empiezo a

asustarme, incluso yo mismo.

—¿Tan terrible es lo que imagina?

—Mucho, amigo. Está ofreciéndonos en bandeja la idea de que nos matemos unos a otros, para que puedan tocar a más los supervivientes.

—¿Cree que él llegaría a tanto?

—Y a mucho más. Ya irá conociéndole… si tiene tiempo para ello.

—¿Qué quiere decir con eso? —Siguió pareciendo Cole la propia ingenuidad.

—Nada. Pero no me extrañaría que el juego pudiera volverse contra él… y que Irving Rosengold fuese víctima de su propia trampa.

—¿Cree que alguno de sus parientes sería capaz de… de matarle?

—No lo creo —rió el bribón—. Estoy convencido de ello.

Y se alejó, fumando plácidamente. Cole le contempló, pensativo. Luego se encaminó a la biblioteca. Kwan Shang y Lena estaban paseando por el corredor. Se reunieron los tres.

—Esto no me gusta, Frank —confesó Kwan en voz baja.

—A mí tampoco —admitió Cole—. La cosa está que echa chispas.

—Esa gente son como alimañas. No sé si salvar a alguno, incluido el propio dueño de la casa —apuntó Lena—. En cualquier momento, se arrojarán unas sobre otras, aniquilándose. Y Rosengold lo sabe.

—Claro que lo sabe. Les está tentando con un cebo dorado, y cualquiera puede picar. ¿Está dentro de la biblioteca?

—Sí —suspiró Lena—. Escuchando a Bach.

—¿Quiénes están con él?

—Parece que hay equilibrio de fuerzas —rió Kwan—. Tiene consigo a los Carruthers, a Sigrid y su esposo… y naturalmente, a Takama, su criado japonés.

—A pesar del coeficiente de la computadora, yo no me fiaría demasiado de esa rubia —confesó Cole—. ¿Habéis notado algo en ella cuando introdujeron en la casa al hombre malherido?

—Yo, si —afirmó Lena—. Seguro que sabe quién es. Y esperaba que llegase.

—Exacto —Cole puso su mano en el brazo bronceado de la bella mulata—. Tienes un gran sentido de la observación, Lena. Pensamos lo mismo.

—Sin embargo, Rosengold sólo se fía de ella.

—Ya lo he notado. Pero nosotros, no. Vigilad por grupos. Tú, Kwan, vigila siempre que puedas a los Carruthers y a Duke. Tú, Lena, cuida de Sigrid, su marido… y ese desconocido que está arriba,

inconsciente. Yo me ocuparé de Spencer, su amante Muriel... y del propio Irving y su amante.

—¿De Sue Marston? —se extrañó Kwan—. Creí que ella estaba libre de sospechas...

—Para mí, nadie lo está. De todos modos, Sue podría peligrar.

—¿No estás buscándote un pretexto para vigilar a esa mujer? —receló Lena—. Te he visto mirarla. Y ella te mira a ti. A veces, te mira demasiado...

—No me dices ninguna novedad. Por lo tanto, si me mira a mí, puede mirar a otros. Tal vez no le sea tan fiel al viejo Rosengold. Por otro lado, si le es fiel y los demás la odian, porque saben que obtiene cuanto desea de su tío Irving... pueden intentar algo contra ella.

—Sí, admito que eso suena lógico —aceptó de mala gana Lena —. Pero cuidado con ella. No me extrañaría que tratara de seducirte. Y tú te dejarías seducir.

—Mal pensada mujer —dijo Cole—. Nunca escarmientas. .

—Ni tú tampoco —refunfuñó ella, pegándose a Frank, hasta que el torso de éste oprimió su turgente anatomía morena, haciendo que la respiración de Lena se hiciese más profunda—. Recuerda que estamos aquí… para...

De repente, algo sucedió arriba. Un alarido desgarrador llegó hasta ellos. Cole y sus amigos se sobresaltaron, volviendo sus cabezas hacia la amplia escalera.

Aquel grito sonaba a agonía, a muerte...

—¡Pronto, arriba! —gritó Cole—. ¡Ven conmigo, Kwan! ¡Tú quédate ahí vigilando, Lena!

Subieron apresuradamente, salvando los escalones de tres en tres. Repentinamente, toda la casa se había puesto en conmoción. Hombres japoneses, de negro uniforme, brotaban por doquier. Salieron personas invitadas de la biblioteca. La voz potente de Rosengold tronó dentro:

—¿Qué es lo que ocurre?

Frank Cole fue el primero en llegar arriba, aunque ya un par de criados japoneses surgían del otro extremo del pasillo Superior, buscando el origen del gritó. Todos conocían la misión de los Tres Dragones de Oro en la mansión, porque uno de los nipones señaló hacia el fondo, hablando en imperfecto inglés:

—¡Ha sonado por allí!

Corrió Cole, anticipándose a los japoneses, en cuyas manos aparecían ya armas automáticas.. El grito no se había vuelto a repetir.

Súbitamente, apareció, tambaleante, muy pálida, Muriel Hoggart, la amante de Spencer Rosengold. Señaló hacia una habitación, balbuceando, con voz rota:

—Ahí... Dios mío es... es horrible... Spencer... ¡Mi Spencer!...

Frank Cole sé detuvo en la puerta del dormitorio de Spencer Rosengold. Irving Rosengold había tenido la perversa idea de separar a ambos amantes, situándoles en habitaciones distintas. Cole lo comprobó, al verse en una habitación individual.

Spencer aparecía tendido ante el armario. Sin vida.

Un reguero de sangre corría desde su cuerpo, alargándose sobre la moqueta y empapándola.

—Le han asesinado —dijo Frank Cole, sordamente.

* * *

—Asesinado... Pero... pero es imposible, Cole.

—Ya ve que no, señor Rosengold. Su sobrino Spencer ha sido atacado y muerto de forma violenta. La prueba está ahí, ante usted.

—Mis hombres lo controlan todo. No han entrado armas aquí...

—Ya ve que hay un arma que mató a su sobrino.. Y un arma oriental, por cierto. Un arma muy particular, utilizada habitualmente en Artes Marciales en otros tiempos...

—¿Eso? —Rosengold señaló lo que sobresalía de la garganta de su sobrino, y que había hendido limpiamente su nuez, abriéndole una profunda grieta mortal en la garganta, por la que escaparon su sangre y su vida en escasos momentos.,

—Si, eso. Usted debería conocerla. Es un *shuriken.* —Un *shuriken...*[3] No, no lo conocía. Conozco Oriente, pero nunca me interesé por las Artes Marciales. Y menos aún por sus antiguas armas. Sin embargo, ni siquiera esa clase de arma pudo ser introducida aquí. Hay detectores, rayos X, todo... Todo objeto de metal introducido en casa, ha sido detectado y comprobado. Mis servidores japoneses son expertos en ello. No hubiesen dejado pasar un... un *shuriken,* como usted dice. Después de todo, es un objeto metálico...

—Creo que se equívoca en este caso, señor Rosengold —Cole se inclinó, examinando, sin tocarlo, el disco dentado, en forma de estrella de diez o doce agudas puntas que, penetrando hondamente en el cuello de Spencer Rosengold, le había causado la muerte—. El asesino sabía muy bien la clase de precauciones que usted adopta en su casa. Por eso las burló fácilmente. Este *shuriken* está confeccionado en plástico.

—¡Plástico!

—Sí. Una materia plástica particularmente dura y afilada. No se diferencia mucho en sus efectos del propio acero. Ya ha visto los resultados. Penetró en su cuello con la fuerza de un proyectil. Tenga en cuenta que estas pequeñas armas arrojadizas, en una mano experta, son realmente temibles. No me sorprendería tampoco que, como se hacía en viejos tiempos en Oriente, el filo de esas púas de materia plástica esté envenenado. Así, la muerte es inmediata.

—Cielos... —muy pálido, Rosengold contempló una vez más el cadáver de su sobrino. Muriel sollozaba en el corredor, consolada por Kwan Shang. Rosengold pasó por su lado y palmeó inesperadamente la espalda de la exuberante morena—. Lo siento, Muriel... De veras lo siento. Nunca me caíste bien, lo admito, pero si puedo ayudarte en algo...

—¡Apártese de mí, Rosengold! —se excitó ella, mirándole furiosa—. ¡Usted invento este maldito juego de odio y de muerte, y ya ha empezado a dar sus frutos! ¡Spencer tuvo que ser el primero, maldito sea usted y todo su dinero!

Irving Rosengold no dijo nada. Se humedeció los labios, escuchó sin pestañear el arrebato de la amante del joven asesinado, y por fin inclinó la cabeza, alejándose. Entonces sí habló, sin mirarla a ella siquiera:

—Tal vez tienes razón, Muriel. Ahora ya no tienes relación alguna conmigo ni con los Rosengold. Pero no puedes irte ya de aquí. Has de seguir hasta el final. Has sido sincera conmigo. Me detestas y lo admites. No me ofendes, Muriel. Tienes ahora más razón que nunca para ello. No te olvidaré en mi testamento... a menos que tú misma hayas matado a tu amante.

—¿Se atreve a acusarme de tal horror? —chilló ella, airada.

—Después de todo, eres la única que estaba arriba con él. Los demás se hallan en la biblioteca...

—Se equivoca, Rosengold. Le puedo exponer dos posibilidades más —sonó la fría y serena voz de Frank Cole.

—¿Dos? —el millonario se volvió a él—. ¿Está Seguro?

—Por supuesto. Siempre estoy seguro cuando afirmo algo.

—¿Qué dos posibilidades son?

—Primera: ése desconocido herido que tiene aquí en una habitación de la planta superior. Pudo salir y matar a Spencer.

—Es cierto. Lo había olvidado. ¿Y la segunda?

—Que no hace falta que el asesino estuviese aquí arriba para cometer el crimen.

—Eso no lo entiendo, Cole. Un *shuriken* deberá ser lanzado frente a la víctima, imagino. No puede Viajar como un *boomerang,* y girar esquinas, subir escaleras y todo eso.

—Claro que no. Pero si se hubiera molestado en examinar la escena del crimen, hubiese visto, dentro del armario, un dispositivo de muelles, también en plástico, dispuesto a la altura del rostro o cuello de un hombre, sobre el muro del fondo. Apenas se abrió la puerta del armario, se disparó el dispositivo, sin duda... y el *shuriken* de plástico, con veneno en sus puntas, salió disparado hacia el blanco.

—¡Cielos...! —boquiabierto, Rosengold miró a Cole con estupor —. No se le va detalle... ¿Entonces pudo ser... cualquiera de ellos?

—No, señor Rosengold. Pudo ser cualquiera *de ustedes.* Inclúyase también. El asesinado es su sobrino. Usted no puede quedar libre de sospechas...

El millonario entornó los ojos, irritado por primera vez. Pero al fin, sacudió la cabeza, asintiendo, con una mirada de respeto hacia el joven budoka americano.

—Sí —suspiró—. Tiene razón también en eso, Cole. Todos somos sospechosos.

—Eso es. *Todos* —corroboró Frank fríamente.

* * *

La reunión de la biblioteca era ahora particularmente sombría. Se había detenido el tocadiscos, y no sonaba música alguna. Tampoco leía nadie.

Estaban todos allí. Todos, menos el desconocido intruso malherido. Takama Huko, el servidor japonés que dirigía los servicios dentro de la casa, había puesto vigilantes abajo y arriba. Informó que, en apariencia, el desconocido seguía inconsciente, bajo los efectos de un sedante, tras ser curado de sus heridas, pero eso no significaba nada. Tal vez fingía, simplemente.

Sólo faltaba allí Spencer Rosengold. Junto a Muriel, se había sentado Sigrid, tratando de consolar a la amante del fallecido. Elsie, pese a ser mujer, seguía distante y hostil con la morena muchacha que sollozaba en un sofá. .

Irving Rosengold parecía haber pasado a un segundo plano ahora. Frank Cole era quien llevaba la voz cantante. Y estaba hablando duro y muy incisivo:

—...De modo que ya conocen la situación. No podemos llamar a la policía, porque la casa está electrificada y el edificio herméticamente cerrado. Hasta mañana a las doce, el cadáver de Spencer permanecerá en una estancia cerrada. Se ha elegido la más fría de la casa, y se ha puesto su acondicionador de aire al mínimo posible, para la conservación del cuerpo.

—¿Y respecto al asesino? —quiso saber Duke Rosengold con voz sorda.

—No sabemos nada. Sólo una cosa hay segura: es uno de los que estamos ahora aquí.

—¿Uno de nosotros? —le tembló la voz a Vince Colman, el esposo dé Sigrid.

—Exacto—asintió Cole—. Uno de nosotros. El juego del señor Rosengold está empezando a resultar peor de lo que imaginó. Y lo malo es que puede ser solamente el principio de algo peor. Quien mató a Spencer con ese artilugio disparador de objetos cortantes, puede atacar de nuevo, puesto que es evidente que vino ya a esta casa

con la idea fija de matar. La existencia del resorte y del arma de plástico, capaz de burlar la vigilancia sobre posibles armas, demuestra que hay premeditación y un plan cuidadosamente urdido por parte de alguien.

—Y, como de costumbre, se sospechará de mí —dijo agriamente Elsie Carruthers, incorporándose con cierta violencia.

—Siéntate, sobrina, y cierra la boca —rezongó su tío, airado—. Nadie te ha acusado todavía. Cierto que eres un mal bicho, pero creo que me odias a mí más qué a los demás. Aunque es posible que pensaras matarme a mí y te diese la idea al decir esta noche que podíais mataros entre vosotros para tocar a más.

Elsie se sentó, ceñuda, sin pronunciar palabra. Su esposo, Alvin, trató de confortarla, tornando sus manos. Ella, abrupta, le apartó, con una imprecación entre dientes. Alvin, dócil y sumiso, se limito a callar.

—¿Qué garantía hay de que en cada armario no tengamos un trasto de ésos para liquidamos?—fue la pregunta de Duke.

—Mis hombres lo están revisando todo, registrando equipajes, ropas, muebles y rincones en cada habitación —dijo con acritud Rosengold, que tenía rodeados los hombros de la hermosísima Sue con un brazo—. Si hay alguna novedad, la encontrarán. Quiero que se garantice la vida de cada uno de vosotros, hasta poder abandonar esta casa,

—No me fío de tus hombres —dijo con aspereza, Sigrid, sin dejar de prodigar caricias afectuosas a Muriel—. Nunca me gustaron los chinos.

—Son japoneses, señora—rectificó suavemente Kwan Shang.

—Es igual... —miró a Kwan y se mordió el labio—. ¡Oh, perdone! No quise decir...

—Ya lo dijo —sonrió Kwan, irónico. Luego se volvió hacia Rosengold y añadió—: De todos modos, tal vez la señora Colman tenga parte de razón. ¿Son de fiar sus servidores, señor Rosengold? Y no por ser Orientales, claro.

—Son de mi entera confianza. Yo mismo los elegí a todos. Por ese lado, no hay nada, que temer, se lo aseguro.

—¿Nos vigilarán esta noche de cerca, por si sucede algo? —quiso saber Alvin Carruthers.

—Por supuesto. Habrá varios hombres patrullando por los corredores. No puede suceder nada más. No dejéis entrar a nadie en vuestras habitaciones. Ni siquiera a las personas más dignas de confianza. Eso reducirá los riesgos.

—Buena la has armado con este jueguecito, tío —comentó Duke, burlón, mientras hojeaba un libro de una estantería—. Cerrados aquí... con un asesino entre nosotros. Casi prefiero el presidio. Allí, al menos,

estoy seguro.

—Haberte quedado en él —replicó agriamente Elsie—. Después de todo, tú serías capaz de cualquier cosa. La gente de tu calaña no se asusta ante un crimen.

—Te engañas, querida víbora —replicó Duke—. Nunca me acusaron de nada relacionado con delitos de sangre. Esas Cosas quedan para vosotros, la gente honesta y respetable.

—Ya basta—cortó Cole secamente—. No conduce a nada que se despellejen unos a otros. Deben cooperar en este caso todos ustedes. Bueno, supongo que lo harán todos... menos uno.

—Puesto que ustedes están aquí para ayudar a nuestro tío, ¿por qué no nos protegen también a nosotros? —sugirió Elsie, burlona.

—Lo estamos intentando. Pero solamente somos tres. Y no poseemos el don de leer el pensamiento. Mientras el asesino no sea hallado o se delate a sí mismo, sabemos tanto como ustedes. Lo único que podemos hacer es tratar de ayudarles a sobrevivir. Y defendemos nosotros mismos.

—Yo confío en ustedes —sonó, trémula, la voz de Muriel—. Si no para devolver la vida a mi Spencer, que eso es ya imposible de todo punto, sí para castigar al asesino... y para culpar a Irving Rosengold de todo esto; por provocar una situación tan disparatada y cruel.

—Bromeaba cuando os sugerí que tocaríais a más siendo menos —confesó el millonario, abatido—. Lo cierto es que temía por mi vida, no por la vuestra. Tal vez me equivoqué en muchas cosas. Lo siento, pero ya no tiene remedio. Responderé sin embargo ante la ley de mis responsabilidades en todo esto. Cole sabe que lo haré.

—Sí, lo sé. Está tan confundido como nosotros, señor Rosengold. Es lo malo de crear un clima y llevar las cosas a una situación límite. Cuando uno quiere darse cuenta la situación ha escapado a nuestro control, y se disparan factores que uno jamás había previsto. Tal vez el asesino venía pensando en matarle a usted... o tal vez no. Pero podría ser que su idea fuese matar *a toda* la familia Rosengold, para quedarse con todo. Dispone de tiempo para ello: veinticuatro horas más.

—Veinticuatro horas de infierno —rugió entre dientes Duke Rosengold, con ira mal contenida. Caminó hacia la salida de la biblioteca, resuelto—. Me voy a la cama, señores. Si debo morir, que sea cuanto antes.

Y cerró de un portazo, dejando a los demás sumidos en un torvo silencio.

## Capítulo VI
# LOS DOS PELIGROS

El reloj desgranó doce campanadas, lentas y musicales, que. retumbaron por todo el edificio.

—Ahora, sí —suspiró Lena Tiger, cruzadas sus hermosas piernas —. Ahora faltan veinticuatro horas...

Estaba en el dormitorio de Cole, con éste y con Kwan Shang. Ellos tres, por orden expresa del millonario a sus servidores, japoneses, tenían absoluta libertad de movimientos en toda la casa y a todas horas. Los demás tenían que permanecer encerrados en sus respectivas habitaciones.

Frank asintió, pensativo. Su mano sé apoyó, distraída, sobre las rodillas de la bella mulata, que tuvo un leve temblor de excitación al sentir el contacto del hombre a quien amaba.

—Sí, Lena —murmuró él—. Demasiado tiempo para vivir encerrados con un asesino. Una larga madrugada, un día entero llenó de amenazas... y el inicio de otra noche erizada de incertidumbres, si para entonces la tragedia no ha empeorado. Ya te dije que no me gustaba esto.

—¿Crees que Rosengold merece nuestro apoyo, Frank? —dudó Kwan Shang.

—No estoy seguro. Tal vez los acontecimientos le han superado. En cierto modo, había previsto un dramático final para su vida. Provocar a sus familiares, y lograr la muerte a manos de uno de ellos que, automáticamente, quedaría desheredado. Tal vez buscaba una purgación a una vida indigna. Pero las cosas le han salido al revés. Ahora son sus parientes los que peligran. Y él, sólo al final. Se ha dado cuenta de ello, y daría algo por sacrificarse y terminar así el drama. Sólo que es como si hubiera escrito una obra, teatral, asignado los papeles a los actores, y éstos, de repente, recitaran otro texto que él no ha hecho, y la obra cambiase totalmente del principio al fin, rebelándose los personajes contra su autor. Sí, es posible que necesite y merezca nuestra ayuda, pese a todo.

—Son dos los peligros que realmente existen aquí —señaló Kwan—. Él asesino de la familia... y esa secta misteriosa, la de los karatekas encapuchados... ¿Crees que habrán quedado fuera de la mansión esos sectarios?

—Es de suponer que no puedan salvar una verja electrificada. Pero sí podrían estar emboscados en ese jardín tan frondoso. En cuyo caso, confiemos en la seguridad de los cierres electrónicos de esta

casa, para estar protegidos, cuando menos, de un peligro.

—¿Sospechas de alguien en particular? —preguntó Lena, acariciando suavemente el pecho de Cole con su mano, morena y cálida.

—No. De nadie. Pudo ser cualquiera de ellos. No acepto los coeficientes de culpabilidad de esa máquina. Sigo pensando que Sigrid Colman no es tan dulce ni inofensiva como parece.

—¿Por lo de ese hombre que yace inconsciente? —indagó Lena.

—Entre otras cosas. Sigrid es una mujer inteligente y calculadora. Puede que Rosengold tenga un hermoso recuerdo de ella como esposa, pero yo no me fiaría demasiado. Ahora, debemos descansar. Me temo que nos espere un día muy agitado.

—Buenas noches. —saludó Kwan, saliendo de la estancia—. A la menor señal inquietante, usa el teléfono interior y llámame, Frank.

—Claro. Todos lo haremos, en caso de apuro. —Cole notó que él y Lena se quedaban solos en el dormitorio. Un brilló excitado asomaba a los oscuros ojos de la mulata. Sus carnosos labios sonreían maliciosamente. Cole le preguntó—: ¿Tú no vas a dormir ya?

—No tengo sueño —dijo, burlona. Su mano se introdujo entré los botones de la camisa de Frank. Este notó un escalofrío cuando los dedos morenos acariciaron su piel. La boca de ella temblaba—. Puedo quedarme contigo todavía un rato, Frank…

Cole besó aquella boca sensual.

—No, Lena —murmuró, apartándola con repentina brusquedad —. Ahora, no. Es mejor así, cariño…

Ella se apartó, desilusionada. Sabía cómo era Frank. No se sintió ofendida, pero sí dolida. Sabía que él la deseaba tanto como ella a él. Pero la frialdad y la lucidez de Frank se sobreponían a todo instinto. Ella aceptaba sus decisiones. Siempre lo había hecho.

—Tienes razón —susurró, conteniendo su fuego apasionado. Se irguió, separándose dé Frank con dificultad—. Perdona. No debí intentarlo.

—No seas tonta —sonrió él, pellizcando su mejilla—. Sabes por qué lo digo.

—Sí, Frank, lo sé. Por encima de nosotros está nuestra tarea. No podemos pensar en nosotros mismos. Pero cuando, esto termine…

—Cuando esto termine, Lena, no necesitarás ser tú quien me insinúe nada.

Sonrió ella. Le lanzó un beso con la punta de sus dedos, y abandonó el dormitorio. Cole asomó al corredor, hasta verla desaparecer en la puerta de delante. La del dormitorio vecino, de Kwan, estaba ya cerrada.

Observó que un japonés enlutado paseaba al fondo del corredor, con un sable *samurai* colgando de su cintura. Más tranquilo, regresó al

interior de su dormitorio.

Estaba ya con su torso desnudo, a punto de cubrir sus músculos elásticos y poderosos con el pijama, cuando el alarido y el estruendo, allá en alguna parte de la casa, le conmovió bruscamente.

Se precipitó a la puerta, asomando al corredor. Ya Kwan y Lena asomaban también. El japonés de servicio se volvió a él, antes de bajar las escaleras apresuradamente.

—¡Es abajo! —gritó—. ¡Un compañero mío es el que ha lanzado ese alarido!

Cole no dudó. Se precipitó fuera de la estancia, avisando a Kwan:

—¡Tú permanece aquí con Lena! ¡Vigilad a los demás!...

—Se precipitó tras del servidor japonés, cuando ya varios nipones de enlutado uniforme se arremolinaban en la planta baja, alrededor de algo, no lejos de la puerta de entrada. Cole llegó a la carrera. Takama, el jefe de servicio, giró hacia el su rostro aceitunado. Había sobresaltado en su voz y en su gesto.

—Mire, señor... —dijo—. Esto es otra cosa;.. ¿Cómo ha podido suceder, si todo está herméticamente cerrado?

Frank Cole miró al hombre caído. Era, ciertamente, uno de los japoneses de servicio. Su arma automática, una «Pajabellum», yacía cerca de él. No había tenido tiempo de utilizarla. Su cabeza caía a un lado; sobré un cuello roto, virtualmente partido en dos.

Cole se agachó, estudiando el cadáver. Asintió, mientras se incorporaba. Miró a Takama.

—Roto el cuello —dijo—. Un golpe aterrador. El de un experto en karate, particularmente vigoroso... Y esa señal en su frente...

Mostraba un círculo verde, trazado sobre la piel del muerto, junto a su sien izquierda. Takama asintió.

—Es el signo de la Secta del Disco de Jade, señor —afirmó—. No sé cómo han logrado entrar en la casa.

* * *

—Lo han logrado, Cole. ¡Están aquí dentro!

—Sí, señor Rosengold —asintió Frank, contemplando el cadáver del japonés, que sus compañeros se llevaban en silencio— Ya lo he observado. ¿No cree que es hora de que me relate esa historia?

—Me temo que sí. Todo lo que he dispuesto para ellos no ha servido de nada. No pudieron salvar la verja electrificada, pero sí Salvaron los accesos de la casa. Algo ha fallado en los cierres electrónicos, estoy seguro. En alguna parte de la casa hay una puerta o ventana abierta al enemigo. Mis mortales adversarios están aquí, cerca de mí. Lo que mis parientes no harán, se ocuparán ellos de llevarlo a cabo.

—Sí, me temo que sí, a menos que lo evitemos. ¿Qué clase de secta es? ¿Por qué le persigue tan ferozmente?

Rosengold se apartó del grupo que ahora formaban todos sus parientes, reunidos de nuevo en la planta baja, allí donde un karateka singularmente fuerte matara a un criado utilizando un golpe demoledor en el cuello. Tomó a Cole por un brazo y le explicó con voz sorda:

—Data de muchos años, Cole. Yo robé un templo, en el interior de China, siendo joven. Me llevé sus riquezas. Entre ellas, un gran disco de jade y oro que era el emblema de la secta allí reunida. Huí, perseguido por ellos. Perdieron mi rastro, pero volvieron a encontrarlo diversas veces a lo largo de mi vida. No olvidan. No importa quién gobierne en China. Sectas como la de ellos, existen siempre en la clandestinidad. Mataron un día a, una mujer que amaba. Otra vez a mí mejor amigo... Han ido acosándome paulatinamente. Ahora, con esta casa llena de medios de seguridad, creía estar a salvo, pero no es así. Sé que, de un modo u otro, moriré muy pronto. Estoy tan condenado como si padeciese un cáncer que me diese un plazo corto de vida. Por eso quería poner en orden mi vida, dejar mi fortuna a quienes más lo merezcan, y esperar tranquilo la muerte. Y tuvo que ocurrir eso,, tuvo que morir uno de mis sobrinos, asesinado por otro Rosengold... Es como un fatídico destino el mío. Debo sufrir hasta el fin. Y, cometer errores sin cuento, Cole.

—Entiendo lo que siente, señor Rosengold. Pero no es del todo culpable. Yo le entiendo y trataré de ayudarle en todo. En esto... y en lo otro. En los dos peligros mortales que le acechan aquí.

—Gracias, Cole... —se volvió, mirando a sus parientes, mientras oprimía con calor el hombro del joven budoka—. Intensificaremos la vigilancia, pero con esos asesinos sectarios, todo será inútil. Lo importante es que no muera nadie más en esta casa. Será mejor que todos vuelvan a sus dormitorios...

—Sí. Les diremos que se trata de otro asunto que no les afecta. Eso puede que les tranquilice y... —Cole se sobresaltó de repente—. ¡Eh!, ¿qué ocurre? Falta uno en ese grupo...

—¿Falta? ¿Quién? —pestañeó Rosengold, sorprendido.

—Es... ¡sí, es Elsie Carruthers, su sobrina!

—¡Oh, ella…! —Rosengold hizo un gesto—. No sufra por ella. Los bichos malos no mueren nunca... Estará arriba, encerrada, llena de miedo... o de odio.

—Por si acaso, subiré a verlo —hizo un gesto—. Retenga a todos aquí. Yo iré al dormitorio de los Carruthers. Alvin está ahí. Es raro que ella no esté...

Se paró junto a él, antes de subir la escalera, y le puso una mano en el hombro requiriendo su atención.

—Alvin, ¿y su esposa? No la veo por aquí. ..

—¿Ah, no? —el marido pestañeó, mirando sorprendido en torno —. ¡Oh, cierto...! Es raro, creo que bajaba detrás mío, se quedó poniéndose una bata... Tal vez tuvo miedo y optó por quedarse arriba...

Cole no pregunto más. Se lanzó hacia la planta alta, presa de un feo presentimiento.

Cuando alcanzo la puerta de la habitación de los Carruthers, la encontró entornada. Golpeó suavemente. Nadie respondió.

Empujó, resuelto, entrando en ella. Se paró en seco.

Sus temores, desgraciadamente, eran ciertos.

Allí estaba ella, Elsie Carruthers. Tendida sobre la moqueta. Con un *shuriken* de plástico, esta vez en forma de disco sin puntas, clavado hasta la mitad en su desnudo pecho. La sangre se había, derramado sobre los senos de la mujer, y empapado su bata abierta. Estaba cérea y rígida. Helada. Muerta.

Asesinada, como Spencer Rosengold.

## Capítulo VII
# FESTIVAL DE SANGRE

—Elsie... Oh, no, ¡no!

Nadie dijo nada. Alvin sollozaba junto al cadáver. Cole y los demás contemplaban silenciosamente la escena. Los servidores japoneses, sable en mano, deambulaban por los corredores en busca de un fantasmal asesino que nadie era capaz de ver.

—Otro *shuriken* de plástico... —era la voz sorda de Irving Rosengold. la que sonaba apagadamente, en la puerta de la habitación. Se volvió a Cole, le aferró por un brazo—. ¿Qué cree que está sucediendo, por el amor de Dios? ¿Qué locura es ésta?

—Una muy bien planeada. El asesino no ha venido solamente con *un shuriken,* sino con *varios.* Ya ha utilizado dos. Puede que guarde más, para otras ocasiones. Ahora será mejor que retiremos ese cadáver, junto con el otro, el de Spencer y el del criado japonés también. A la habitación más fría...

—Se convertirá en una verdadera Morgue —se lamentó el millonario—. Esto es horrible. No tiene sentido. Una muerte tras otra...,

—Usted facilitó el escenario y los personajes —le recordó Frank —. Lo demás, lo ha puesto uno de esos personajes, el que eligió el papel de villano. Cada vez quedan menos sospechosos, ésa es la verdad.

Hizo un gesto. Dos de los japoneses entraron, apartando a Alvin Carruthers, que sollozaba junto a su esposa muerta. Recogieron el frío cuerpo de ésta y lo cargaron COTÍ facilidad. Las manchas oscuras se quedaron en el suelo de moqueta, como única huella de la existencia de aquel cadáver, el tercero de una trágica noche. La segunda víctima del misterioso asesino empeñado en deshacer rápidamente a la familia Rosengold...

La principal sospechosa se perdía definitivamente. La computadora se había equivocado. Un asesino en potencia del coeficiente nueve pasaba a ser un simple cadáver. Había alguien que, con mucho menos coeficiente, era capaz de asesinar a todo el que se proponía.

Lentamente, se fueron disolviendo los grupos. Rosengold ordeno que volvieran a sus habitaciones y no intentaran en modo alguno salir de ellas en lo que restaba de noche.

—Tú, Alvin, no te quedes solo —le indicó al marido de su sobrina—. Será mejor que vayas con alguien. Así te harán compañía, y

os protegeréis mutuamente.

—Sí, pero ¿con quién? —quiso saber Vince Colman—. Yo no puedo dejar a Sigrid. Sólo queda Duke, Y si él fuera el asesino...

—Vaya por Dios —resopló el elegante granuja, mirando inquisitivo al marido de Sigrid—. ¿Por qué había de ser yo? De usted nadie dice nada, Colman. ¿Por qué no ha de ser usted o su dulce y rubia esposa la que esté matando a los Rosengold uno a uno?

—Duke, eso es vergonzoso. No puedes acusarnos a Vince o a mí de nada parecido —se quejó Sigrid, con expresión dolorida.

—Lo siento, Sigrid, él fue el primero en hablar de más. No me gusta que me llamen asesino.

—Está bien —murmuró el anfitrión, alzando sus manos—. Nada de peleas. Sue, mi compañera, dormirá esta noche con Muriel. Ambas son mujeres y puede suponer un consuelo para Muriel tener compañía. De ese modo, yo compartiré mi habitación con Alvin.

—Ten cuidado, tío —avisó, zumbón, Duke Rosengold—. Alvin pudo deshacerse de su autoritaria esposa, y ahora planear tu propia muerte...

—¡Imbécil! —mascculló Alvin, lívido, apretando los puños—. Nunca hubiera causado el menor daño a Elsie. Era feliz con ella...

—He dicho que basta de acusaciones mutuas —cortó Irving Rosengold con fría ira—. Sé que uno de nosotros es culpable y usa esos malditos instrumentos de muerte, los objetos arrojadizos de las Artes Marciales. Pero no podemos señalar a nadie: No hay evidencias ni indicios siquiera contra persona alguna, recordadlo todos. Juro, sin embargo, que haré lo imposible porque ese canalla, sea quien sea, pague sus crímenes. Vamos, Alvin. Trata de olvidar lo sucedido, siquiera por el momento, y reposa un poco. Tengo en mi habitación unas tabletas sedantes. Puede que te vayan bien. Yo pienso tomarme un par de ellas. Las necesito.

Frank Cole y sus amigos se quedaron en el corredor, mientras las demás puertas se cerraban. El dueño de la casa les contempló, ceñudo.

—Id a dormir también —pidió—. Creo que es lo mejor. No adelantaremos nada velando esta noche maldita. Los muertos no pueden resucitar. Y los vivos espero qué sólo intenten descansar. Al menos por el momento...

—Jamás me he encontrado en más extraña situación, señor Rosengold. Mis amigos y yo quisiéramos hacer algo, tener una actividad práctica, pero ¿contra qué, contra quién? Todo son sombras amenazadoras. Sectas o asesinos familiares. Sombras y nada más. Nada más...

—Comprendo vuestros Sentimientos ahora. Es como estar todos atados de pies y manos esperando siempre. Y esperando lo peor, además —Rosengold asintió, alejándose ya con el destrozado y pálido

Alvin Carruthers, mientras Sue, la espléndida y escultural Sue Marston, su amante, se reunía con Muriel Hoggart, y ambas mujeres partían en otra dirección, el brazo de la amante de Rosengold sobre los hombros de la que fuera amada de Spencer Rosengold.

Lena y Kwan entraron también en sus habitaciones. Cole permaneció en el corredor, pensativo, Takama Huko, el jefe de servicio, le contempló desde la hondura inescrutable de sus ojos almendrados.

—¿Desea algo, señor? —preguntó al fin.

—Sí. Ya que no podemos hacer nada por descubrir al asesino de los Rosengold, al menos me gustaría saber algo más sobre los miembros de esa secta, la del Disco de Jade. Imagino que todos son chinos.

—Por supuesto —asintió Takama, gravemente.

—Por ello el dueño de esta casa se fía de unos servidores japoneses, pero no chinos.

—Así es, señor.

—Bien, Takama. Me gustaría revisar toda la casa minuciosamente. Tengo una cierta sospecha sobre el camino seguido por los asesinos de la secta para infiltrarse en el edificio.

—¿De veras, señor?—se sorprendió el japonés.

—Sí. Quiero confirmarla, simplemente. El señor Rosengold dijo que no podemos ahogarnos aquí, porque hay buena ventilación. El aire se renueva de forma adecuada para que no se vicie la atmósfera de la casa,, aun estando herméticamente cerrada. ¿Es cierto?

—Muy cierto, sí.

—¿En qué consiste ese sistema de ventilación, aparté los climatizadores de algunas habitaciones?

—Bueno, supongo que es la red de tuberías que, viniendo del sótano, trae del exterior aire respirable y renueva el ya viciado, Es lo habitual, señor,

—Sí, claro que es lo habitual. Pero ¿qué grosor tienen esas tuberías? ¿Suficiente para que pase un hombre enjuto por ellas?

—La verdad es que nunca he examinado esa red. Su salida está formada por rejillas, cerca de los techos.

—Quiero revisarlas todas. ¿Puede acompañarme, Takama?

—Por supuesto. Venga conmigo, Señor. Hay bastantes rejillas de ese tipo en el edificio, tanto en la planta baja como en la alta…

Frank Cole siguió al enlutado japonés resueltamente. Momentos después, comenzaba el examen minucioso de todas y cada una de las rectangulares rejillas que, en los muros de la casa, se ocupaban en renovar el aire, ventilando el interior de la mansión.

Todas estaban bien atornilladas al muro y no parecían haber sido tocadas en absoluto. Takama le observaba curiosamente, sin

pronunciar palabra. Finalmente, Cole se detuvo ante una de las rejillas de ventilación.

—Ahí —dijo—. Esa fue la entrada.

Señalaba fijamente hacia la placa metálica, que al ser movida por sus dedos, cuando él se empinó sobre un mueble, osciló sobre sus tomillos algo flojos.

—¿Cree que utilizaron ese acceso para entrar y matar a mi subordinado, señor? —se interesó vivamente el nipón.

—Sí, eso es lo que creo, Takama. Pudieron entrar uno o varios. Sea como fuere, hay miembros de la secta ocultos en el interior del edificio. Atornilla esa placa. Impediremos qué entren más. Cierra con llave la puerta de esta habitación y sitúa vigilancia ante ella.

—Lo haré, señor. Pero ¿dónde pueden ocultarse los sectarios? Hemos registrado todo, sin hallar el menor rastro de ellos...

—Pues debe existir un escondrijo, sea el que sea. Seguro que los tenemos entre nosotros en estos momentos, Takama. Sólo buscan matar al patrón, pero no dudarán en eliminar brutalmente a cualquiera que se les interponga. Ya lo han demostrado.

—¿Informo al señor Rosengold?

—Hazlo, si quieres, pero haz lo que te dije. Debemos impedir que, cuando menos, entren nuevos miembros de esa secta en la casa. Ya será suficiente con los que hay dentro ahora...

Takama cerró la puerta con llave, tras atornillar la placa del ventilador, y llamó a dos de sus hombres, situándolos allí de guardia. Luego, se alejó con Frank Cole, de regreso a la planta alta.

De repente, Frank se desvió sin dar explicaciones al japonés, que giró la cabeza, viendo que se alejaba en sentido opuesto. Trató de orientarle:

—Se equivoca, señor. Es por aquí el camino de su habitación...

—Ya sé, ya sé —asintió Frank—. Voy en seguida. Tengo algo que hacer antes...

Sin más explicaciones, avanzó con creciente rapidez en esa nueva dirección. Al final, su paso se hizo carrera. Se detuvo ante la puerta de las habitaciones particulares de Irving Rosengold,

Como se temía, algo había sucedido.

Dos japoneses de ropas negras yacían al pie de la puerta. Ambos estaban muertos. Con el cuello roto, partido brutalmente por sus vértebras cervicales.

Conocía aquella clase de golpes demoledores. El asesino seguía actuando. Pero no el que matara a Spencer y Elsie, sino otra clase de asesino: el miembro de la secta del Disco de Jade.

La puerta estaba entreabierta. Dentro sonó un grito ahogado. Temiendo que ya fuese demasiado tarde para impedir lo peor, Frank cargó contra la hoja de madera, abriéndola violentamente. Penetró

como un alud en las estancias de Rosengold.

Los rostros de pánico de Irving y de Alvin, fue lo primero que captaron sus ojos. Luego descubrieron a la tercera persona en la estancia. Un hombre flaco y ágil, de oscuro ropaje y caperuza púrpura.

¡El asesino de la secta oriental!

—¡Cole, Dios sea loado! —jadeó con alivio Rosengold...

El enemigo se volvió en el acto, con la celeridad del reptil. Se quedó mirando malignamente a Frank. Supo inmediatamente que estaba ante un enemigo digno de él. Adoptó una postura en guardia, en la posición *Zen-Kutsu-Dachi,* con su pie izquierdo desplazado, y el brazo del mismo lado inclinado en *Gedan-Barai.* Era una posición eficaz que acusaba conocimiento de karate del enemigo mortífero. Cole entornó los ojos, despierta su mente, sus nervios en tensión, relajados sus músculos, para no envararse y tener la necesaria flexibilidad.

Un rugido ronco escapó de labios del sectario. Evidentemente, la presencia de un luchador como Frank Cole alteraba sus planes. Y éstos no podían ser otros que matar a Irving Rosengold. Alvin Carruthers hubiera seguido el mismo camino, si Cole se retrasa irnos segundos más en su corazonada.

—Apareció de súbito. Cole... —informó, con voz quebrada, él anfitrión—. No sé cómo pudo entrar estando cerrado con llave... y vigilado por dos de mis hombres...

—Los japoneses están muertos —explicó Cole sin perder de vista a su enemigo—. Les rompió el cuello, como el otro. Entró por los tubos de la ventilación. Tal vez haya más de uno.

En ese momento, con un grito restallante, el enemigo se te vino encima.

Frank le había dejado tomar la iniciativa; para estudiar su estilo y combatirle la contra; aun con todo lo peligroso que esto podía ser ante un enemigo de talla como, sin duda, era aquel fanático asesino.

Fue un inteligente y bien medido ataque, compuesto con un U*shiro-Géri,* o golpe dado con el talón del pie, de lado, hacia su estómago, mientras su mano izquierda se disparaba en un salvaje *Mawashi-Shuto-Uke* hacia el rostro de Cole.

Cualquiera de aquellos violentos impactos, de hacer blanco, hubiera abatido inexorablemente a Frank. Pero éste, con enorme agilidad de reflejos, eludió el doble mazazo, situando su brazo rápidamente en *Gedan-Barai,* cubriendo el estómago, y en el antebrazo, ya preparado adecuadamente, se estrelló el pie enemigo, mientras la mano hallaba el vacío al desplazar Cole su cabeza con enorme flexibilidad.

Sin dar tiempo a su enemigo a recuperarse, le lanzó a los ojos su mano con los dedos separados, en *Nukite,* que el otro sólo pudo evitar

a medias. Aulló, doloridos los párpados, pero sin llegar a cegarse, y disparó su puño derecho en un *Oie-Tsuki-Chudan* muy violento.

Frank no pudo bloquear ese golpe, y cayó atrás, aturdido. Con un bramido de triunfo, el karateka encapuchado se precipitó sobre él, en *Tobi-Keri,* para machacarle con sus dos pies en proyección asestados hacia su abdomen e ingle.

Rápido, Cole giró sobre sí mismo. Los pies del sectario golpearon el suelo, donde él estaba una décima de segundo antes. Rápido, Cole se recuperó, y desde el mismo suelo se alzó, en inverosímil salto, descargando el codo derecho sobre el tambaleante adversario, en un U*tchi-Harai-Até.* Golpe que no era demasiado eficaz como tal, pero sí por sus efectos de desequilibrio en el contrario.

Trastabilló el enemigo, y Frank Cole tuvo su momento crucial. Sin perder un solo instante, bajó el codo, ahora con mucha más potencia, estrellándolo contundentemente en la espalda del otro, entre ambos hombros, en un perfecto y demoledor *Kaho-Ate.*

—Se desplomó de espaldas el karateka, y Cole, preciso, le remachó con un *Kéri-Komi* de su pie derecho. Un golpe dado con toda la planta de su pie, sobre un *atemi* o punto vital de la cara posterior del enemigo: su *kaisusatsu,* o quinta vértebra dorsal. Un golpe que provocó el desvanecimiento inmediato del golpeado. .

La lucha había terminado,

—Increíble... —susurró Alvin, todavía impresionado.

—Es fantástico, Cole —resopló Rosengold, aliviado—. Lucha usted como un verdadero diablo. Ahora comprendo la fama adquirida. ¿Está... muerto?

—Sólo inconsciente. Pero mucho me temo que, si no encontramos antes la cápsula en su boca, nuestro sectario intentará matarse, contó hacen sus camaradas. Ayúdeme a que localice el veneno en su boca...

Rosengold le ayudó, girando el cuerpo del karateka. : Cole lanzó una sorda imprecación de disgusto ante la dilatación de las pupilas del encapuchado, y el rictus de sus labios, apretados y espumeantes.

—Es tarde —masculló—. Se ha matado al caer... Tuvo tiempo de morder la cápsula...

Era cierto. El corazón del agresor latía débilmente ya, en una rápida agonía. No tardó ni diez segundos en morir. Cole se incorporó, exasperado.

—Si no estaba solo aquí dentro, usted aún peligra —le dijo al anfitrión—. Menos mal que esta vez, al ver el acceso usado por esos individuos para penetrar en la casa, comprendí lo que sucedía y llegué a tiempo, al tener la corazonada de que su vida peligraba...

—Le debo la vida, Cole. Pídame lo que desee.

—Aún no está totalmente a salvo, recuerde. De momento, sólo le

pido que descanse y trate de no pensar en esto. Yo voy a mi habitación, por si es posible dormir un poco en esta maldita casa…

—Sí, Cole, creo que es justo que lo haga —asintió amargamente Rosengold, que ya no parecía el hombre firme y seguro de sí del principio de aquella velada trágica entre los muros de la mansión del Disco de Jade.

Frank regresó a su dormitorio. Al menos, hubo algo de suerte. Pudo dormir el resto de las horas de aquella noche, tras informar a Takama de lo sucedido en las dependencias de su amo.

Al amanecer, apenas la luz del día penetró por la ventana enrejada y asegurada mediante cierres electrónicos, Frank despertó, incorporándose en el lecho. Se dispuso a hacer sus habituales ejercicios gimnásticos de cada día.

Pero apenas los había iniciado, sobre el improvisado *tatami* que era la moqueta de su habitación, el terrorífico, largo y escalofriante alarido rasgó el silencio tibio de la mañana, como lo haría un afilado cuchillo con un tenso lienzo.

Era un grito de mujer.

Un grito aterrador. No acusaba agonía, sino pánico.

Cole renunció a toda prueba física. Salió disparado de su alcoba. Se cruzó con alarmados japoneses en el corredor. Los rebasó, corriendo hacia el fondo del pasillo. Antes de llegar a una de las puertas, ésta se abrió, repitiéndose el chillido de pavor.

Y Muriel Hoggart, la que fuera amante del difunto Spencer Rosengold, desencajada y lívida, salió por ella, tambaleante, señalando angustiada al interior y gimiendo:

—Ahí… ahí dentro… Ella… está… *¡está muerta!* ¡Sue Marston.!, ha muerto… *asesinada*… como los demás!

Luego se desplomó en la alfombra del corredor. Había perdido el conocimiento.

## Capítulo VIII
# PESADILLA

—Sue... Sue... ¡No, no, no puedo aceptarlo! *¡Eso,* no! Un sollozo rompió las frases airadas, violentas, de rebeldía. Luego, el millonario, ocultó el rostro entre sus manos crispadas. Por vez primera, Frank le vio vencido, destrozado, convertido en una piltrafa,

—Tiene que aceptarlo —dijo, tras un silenció—. Ha ocurrido. Abra los ojos a la realidad, señor Rosengold. No hay otro remedio.

No respondió nada. No se movió. Sollozaba ahogadamente, como un niño. No le importaba llorar. Tampoco que le viesen los demás. Era un hombre roto. Se había aferrado a una sola cosa, a un solo sentimiento: su amor por Sue.

Y Sue ahora estaba muerta. La hermosa y sensual morena ya no existía. Otro *shuriken,* éste en forma de cruz afilada, con brazos puntiagudos, la había bañado en sangre y en horror. Se clavó sobre uno de sus vigorosos pechos desnudos. Evidentemente, un veneno poderoso había dañado fatalmente aquel organismo lleno de vitalidad. Ahora, Sue Marston era solamente un hermoso y desnudo cadáver sobre una cama gemela de la que aquella noche ocupara Muriel Hoggart, la ex amante de Spencer Rosengold.

Precisamente sobre ésta, inesperadamente, se desencadenó la ofensiva del anfitrión, apenas hubo retirado sus manos del rostro.

Se enfrentó a ella y con voz potente, airada, la acusó abruptamente:

—Muriel, tú... ¡Tú estabas con Sue toda la noche! ¡Tú tuviste que darte cuenta de algo... a menos que *tú* misma fueses la culpable, la que asesinó a mi querida compañera!

—Señor Rosengold, ¿qué dice? —se horrorizó Muriel—. ¿Se ha vuelto loco? Yo nunca haría daño a nadie. Y menos a Sue, que me trató cariñosamente anoche, que me consoló dulcemente... ¡Evidentemente, usted no sabe lo que dice, maldito sea!

—¡Sí ¡sé lo que digo! ¡Primero eliminaste a tú propio *amante* para desviar las sospechas, y luego aprovechaste la ocasión para matar a Sue mientras dormía! —la acusó rotundamente el millonario—. Estoy seguro. Tú no buscas la herencia, que ya perdiste definitivamente cuando murió tu amante, mi sobrino Spencer... ¡Tú buscas sólo vengarte de mí, devolverme odio por odio, destruirme sin piedad...!

Muriel le contempló, con sus ardientes ojos llameando de ira y coraje. Su voz sonó virulenta, exaltada:

—Me da usted asco. Asco y pena, con todo su poder y su dinero... Ni siquiera se mereció nunca a una mujer como Sue. Ella era maravillosa, se lo aseguro. Usted es sólo basura... Prefiero ignorar lo que dice. Tal vez tendría suficiente voluntad para matar a un ser execrable como usted, pero a Spencer... a él jamás le hubiera hecho daño. Ni tampoco a Sue...

—¡Muriel, yo no puedo creer que tú ignorases lo que sucedía; que tú no fueses testigo de ese crimen, a menos que estuvieras cometiéndolo tú misma, con la mayor impunidad, mientras todos dormíamos...!

—Espere, Rosengold —habló fríamente Frank Cole, interponiéndose entre ambos con gesto sereno—. Creo que está precipitando sus conclusiones. No tiene prueba alguna para acusar a Muriel Hoggart de nada así.

—¡Estaba sola con Sue toda la noche! ¿No basta eso?

—Usted mismo lo decidió, ¿recuerda? En todo caso, fue error suyo.

—Tal vez pudo ser un error confiar en ella, en la sucia querida de mi sobrino Spencer... ¡pero el crimen fue obra suya! ¡Me quitó lo único que amaba!

—Creo que confunde las cosas. Muriel no podía imaginar siquiera que usted iba a enviarla sola con Sue. No pudo planear nada. Ese crimen no tiene sentido, ¿se da cuenta? Lo que ha ocurrido es que Muriel dormía... y al despertar halló muerta y ensangrentada a su compañera de alcoba. Eso fue todo.

—¿No es bastante?

—No, no es bastante. Venga conmigo, Rosengold. Le voy a mostrar algo... por si aún sigue ofuscado con su absurda idea.

—¿Qué es ello, Cole? Esta vez, sus deducciones e ideas no van a convencerme fácilmente. Cierto que le pedí que me protegiera, y usted lo hizo anoche, salvando mi vida. Pero no hizo nada por salvar la de Sue.

—Nadie puede proteger a *todos* los demás a la vez. Es una tarea demencial —fue la dura, seca respuesta de Cole—. Ni siquiera soñé con que Sue pudiera morir. Ella era la víctima menos imaginable de todas. Pero la mataron, lo admito. Ahora, venga y verá algo. No intento convencerle de nada. Las evidencias lo harán.

Le invitó a pasar al dormitorio de las dos mujeres, donde aún yacía, cubierta con una sábana, la infortunada Sue. Rosengold entró, con una mirada patética a la forma en que se había convertido ahora su amada; Rígida, inerte, fría y sin vida.

Frank se detuvo ante la cama inmediata. Señaló algo entre las sábanas. Luego, alzó éstas y, entre ellas y el colchón, extrajo una fina aguja rematada en un leve penacho gris. Lo mostró al anfitrión.

—¿Que es eso? —quiso saber Rosengold.

—Ya lo ve: un pequeño dardo.

—¿Un dardo?

—Un dardo de cerbatana. También en plástico. Lo vi antes, apenas entré en el dormitorio. Por eso hice situar inmediatamente a los japoneses de Takama delante, prohibiendo el acceso a todos los demás. No quería que nadie recuperase este dardo. El hecho de que siga aquí, prueba que Muriel Hoggart nada tuvo que ver en todo esto.

—Es solamente un pequeño dardo. ¿Qué significa, exactamente? —los ojos de Rosengold revelaban un escepticismo muy claro.

—Sencillamente esto: deme su mano. Sólo un dedo de ella. Haré una prueba.

Adelantó su mano el millonario. Rápido, Cole clavó la aguja de plástico en la yema de un dedo. Gritó levemente Rosengold, asustado, mirando con asombro al joven budoka. Este sonrió tristemente, envolviendo el dardo en un trozo de celofán.

—¿Qué hizo? —refunfuñó el magnate—. Mi dedo... ¡Cielos, no lo notó... ! ¿No será eso... un veneno?

—No. No lo es. Ya lo probé yo antes. Notará acorchado su dedo. Dormido, en suma. Vi un aguijonazo en la piel de Muriel Hoggart sobre su pecho izquierdo. La narcotizaron, eso es todo.

—¿Narcótico?

—Eso dije. Una sustancia adormecedora. Muriel se hundió en un profundo sopor toda la noche. Cuando despertó, halló muerta a su compañera de alcoba. El crimen se cometió en la impunidad que proporcionaba al asesino la inconsciencia total de la otra ocupante de la estancia. Muriel, por lo tanto, es inocente.

—Narcótico... —repitió, sordamente, Rosengold. Se miró de nuevo su dedo. Lo agitó—Parece cierto. No noto siquiera que tenga ese dedo. Si rozo algo, no advierto el contacto. Está insensible...

—Siempre queda algo de la potencia del narcótico. Me sucedió ya a mí.

—Bien, Cole, parece usted tener toda la razón en esto, y por tanto debo dársela, me guste o no. Pero si Muriel no fue... ¿quién mató a mi querida Sue?

—La misma persona que mató a Spencer, a Elsie... Alguien de los demás.

—¿Duke? ¿Sigrid? ¿Alvin? ¿El marido de Sigrid? Sólo quedan ellos...

—Ellos... y el hombre qué llegó inesperadamente a esta casa —le recordó fríamente Frank Cole.

—¿Qué?

—Sospecho que no es tan inocente como parece. Se relaciona con alguien de la casa. Y creo que podría jurar con quién... ¿Qué tal si

vamos a verle ahora, Rosengold?

—Sí, está bien. Me parece bien, claro...

* * *

El hombre estaba consciente. Las señales dé las heridas sufridas al entrar en la finca destacaban sobre su rostro, pero se mostraba muy recuperado.

Miró con inquietud a Rosengold. Y con temor a Frank Cole.

—No..., no entiendo nada—susurró—. Intentaba entrar para robar algo... Es todo.

—Miente —fue la dura réplica de Cole.

—¿Qué..., qué está diciendo? —balbuceó el hombre, que era joven y atlético, de una evidente belleza varonil.

—Que miente. Escuche, amigo. —Cole se inclinó sobre él, ominoso—. En esta casa ha habido ya tres crímenes esta noche.

—¿Tres crímenes...? —jadeó el joven, estremecido, palideciendo de súbito.

—Exacto. Tres. Desgraciadamente, se sospecha de su cómplice. La policía va a venir a buscarla de un momento a otro. Y es evidente que le culparán de colaboración en todos ellos.

—¿Se ha vuelto loco? —aulló el enfermo, mientras el dueño de la casa miraba con asombro a Frank—. ¡Yo no tengo nada que ver en eso! ¡No me he movido de aquí en todo el tiempo!

—Pero tendrá que demostrarlo. Y eso no va a ser tan sencillo, estando acusada Sigrid Colman de triple asesinato —dijo, fríamente, Cole.

—¿Sigrid? —balbuceó Rosengold, perplejo, hasta que una mirada fulminante del budoka rubio le hizo enmudecer.

—No, no... —casi gimoteó el intruso, incorporándose en el lecho —. Yo no tengo nada que ver con Sigrid ni con sus planes... Cierto que vine porque ella me lo dijo, para intentar asustar a su ex marido y que la dejasen heredera de todo, pero no me dijo que pensara matar a nadie...

—Miserable... —le acusó Rosengold con ojos centelleantes—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es..., es Adam Perkins. Soy el amante de Sigrid. Ella planeaba asustarle, con mi ayuda, durante su permanencia aquí, pero falló el plan al herirme yo en la verja... No puedo suponer que ella... recurriese al crimen...

—Sigrid... Un esposo, un amante... —Rosengold miró con asco al joven desconocido—. Empiezo a ver claro. Demasiado claro... Nadie es como yo imaginaba... Cole, usted tuvo razón. Hay demasiada miseria en tomo mío. Siento asco, náusea... Pero ¿mató Sigrid a los demás?

—No lo sé aún —suspiró Cole—. Pero tal vez pronto tengamos

una respuesta…

* * *

El cuerpo de Sue Marston, envuelto en una sábana, pasó a formar parte del macabro conjunto de cadáveres que, envueltos en otras tantas piezas blancas, yacían en la estancia refrigerada, esperando el fin del encierro en la casa del Disco de Jade.

Lena Tiger, desde la puerta, vio a Frank Cole, Kwan Shang y el japonés Takama, depositar el nuevo cadáver sobre la amplia cama donde ya reposaban los demás, en tétrica hilera, a la claridad difusa de una ventana con los postigos entornados.

El espectáculo resultaba estremecedor, de una fría significación macabra que helaba la sangre en las venas. Kwan regresó junto a Lena. Frank, tras una ojeada pensativa, a los, cuerpos, también. Los tres se miraron.

—Frank… —musitó Lena, sin quitar sus ojos oscuros y ardientes del lecho Siniestro que contenía cuatro formas envueltas en sábanas.

—¿Sí? —Cole se volvió a ella, expectante.

—No, nada… —suspiró Lena, tras una duda, sacudiendo su rizosa cabeza peinada al estilo afro—. Nada.., No tiene importancia, Frank.

Se apartó de la puerta, como si le causara aprensión la visión de aquellas formas inertes en el ambienté frígido de la estancia. Cole cerró la puerta, suavemente, la macabra visión dejó de mostrarse ante ellos. Lena regresaba a su dormitorio con paso lento. Kwan le esperó en medio del corredor.

—¿Y ahora, qué? —indagó su amigo chino—. ¿Hay algo más por hacer, Frank?

—Sí —asintió Cole, reflexivo—. Imagino que siempre hay algo que hacer, en una casa donde se acumulan los cadáveres y varios asesinos andan sueltos…

—¿Varios? ¿Sigues pensando que la Secta del Disco de Jade sigue teniendo agentes suyos aquí dentro?

—Es sólo un presentimiento. Pero lo tengo, sí. Echaron a andar pasillo adelante, en silencio, mientras los demás componentes de la familia Rosengold, ya muy escasos, regresaban también lentamente a sus habitaciones, con gesto de evidente terror.

Momentos más tarde, Takama les avisaba:

—Estén todos reunidos a las doce en el comedor. Habrá un almuerzo ligero. Y el amo les leerá su testamento, señores…

Todos asintieron. Y nadie faltó a la cita.

* * *

Pero no hubo testamento.

Ante los asombrados ojos de todos, las manos de Irving Rosengold rasgaron los documentos en mil pedazos. Hubo un movimiento colectivo dé asombro y de protesta escandalizada.

—¡Tío Irving! —protestó vivamente. Duke, incorporándose—. ¿Qué significa esto?

—Queridos todos, significa justamente que renuncio a que mi testamento siga vigente. No quiero que los supervivientes se enriquezcan a costa de los demás. Estoy harto de todo. Absolutamente de todo. Muerta Sue, nada me importa ya. Y vosotros, menos que nadie. Mi testamento se rompe. Termina. No existe. Si muero ahora, será sin testar. Y, naturalmente, todo irá precisamente a ti, Duke; mi único heredero directo, Es la ley. Si tú eres el asesino… mala suerte. Pero si lo son Alvin, Muriel o Sigrid y Vince… habré ganado, yo, después de todo. ¡Ellos no verán un sólo dólar!

—¡Eso es injusto! —protestó Sigrid, enrojeciendo— Irving, tú prometiste…

—Mi amada Sigrid, me equivoqué, también, contigo —la miró con sarcasmo su ex marido—. ¿Le has contado ya a Vince quién es Adam Perkins, el joven que tenemos arriba recuperándose de sus heridas? Harías bien en empezar a explicárselo, porque él ya lo ha confesado todo…

Sigrid se desmoronó. Cayó en su asiento, estallando en llanto. Atónito, sin saber qué hacer, Vince Colman, su marido, la miró perplejo, indeciso.

Con gesto despectivo, Rosengold se volvió a Duke, su sobrino. .

—Ahora, ya lo sabes. Si eres culpable, se cometerá una gran injusticia. Pero debo jugar fuerte. Todo es tuyo ahora, Duke. Espero que no hayas ganado tu fortuna sobre la sangre de los demás…

—Tío, te juro que no maté a nadie —dijo Duke, solemne—. Ni quiero *todo* tu dinero. Me basta con mucho menos. Lo justo para eludir a la justicia…

—No seas necio. Si eres inocente, una mínima parte de mi influencia y dinero, bastarán para resolverlo todo, Duke. Espero qué seas digno de ello…

Frank Cole, disimuladamente, abandonó la estancia. Kwan Shang, que lo observó, le siguió rápido al exterior. Lena Tiger, escuchando a Rosengold, se quedó en la sala.

Los dos budokas se quedaron mirando el uno al otro, interrogantes.

—¿Y ahora…, qué, Frank? —quiso saber el joven chino.

—Todo sigue en sombras. Pero algo me bulle en la mente. He estado pensando sobre esa secta y su entrada en la casa. Ven, vamos a comprobar algo…

Kwan le siguió. Momentos más tarde, ambos llegaban a la puerta herméticamente cerrada que debían guardar los dos japoneses armados, conforme pidiera a Takama.

No había nadie ante ella. Y cuando Cole la probó, la puerta cedió en el acto.

Atenas hubieron asomado, Cole supo que su corazonada, una vez más, era cierta.

Dentro de la estancia, se hallaban tres hombres encapuchados, de color púrpura.

Y, con ellos, un hombre más. El traidor de la casa. El hombre que les introdujera, allí, subrepticiamente, burlando toda clase de medidas de control. El único que realmente podía hacerlo.

¡El propio Takama Huko, el japonés de confianza de Irving Rosengold!

Todos ellos se volvieron a la vez, al oír chirriar la puerta. Takama, apenas vio a Cole y Kwan Shang, avisó a los suyos, a los miembros de la Secta del Disco de Jade:

—¡Atacad! ¡Matadles! ¡Es absolutamente preciso terminar con ellos!

# Capítulo IX
# LA CÁMARA LÚGUBRE

Frank Cole y Kwan Shang luchaban por sus vidas. Y por las de Irving Rosengold, que confiara en ellos. Tal vez por eso, el karateka americano y el experto en *kung-fu* pusieron en aquella desigual pugna toda su sabiduría en las Artes Marciales y su tremenda potencia física y mental.

Como dos aludes, dos torbellinos violentos, penetraron en la sala, gritando estentóreamente, al unísono, aquel sonido que parecía brotar, de cada poro de sus cuerpos, exaltándoles a la lucha en él mismo grado que reducían la combatividad del contrario:

—*¡KIAI…!*

Y los tres sicarios del Disco de Jade, así como Takama, supieron lo que eran los Dragones de Oro, cuando se lanzaban sobre el adversario despiadadamente.

Frank Cole abatió al primer enemigo con un devastador *Mae-Jeri-Jodan* de su pierna derecha, que estalló sobre el rostro que primero se plantó ante sí, al tiempo que sus manos, en vertiginosos impactos con la posición *shuto o* sable, eran como hachas demoledoras, haciendo crujir el cráneo del segundo adversario, que rodó a sus pies, como fulminado.

Mientras tanto, Kwan Shang, en un alarde de facultades, saltaba adelante, sus manos en forma de garra de tigre, y cegaba los ojos del tercer karateka, haciéndole retroceder, tambaleante, con alaridos de vivo dolor… y eludía el filo del sable *samurai* de Takama a quien luego conectó un poderoso doble impacto de puño y pie, en un movimiento de *Chuka-Shiki,* que desplomó al japonés, fatalmente, sobre el pavimento.

Jamás una lucha fue tan veloz ni demoledora como aquélla. Los sicarios de la temible secta habían sido vencidos virtualmente en unos ocho o diez segundos de feroz lucha.

—Ahora, antes de que se envenenen, interroguemos a estos tipos —dijo Cole fríamente, precipitándose sobre Takama—. La idea de Rosengold, una vez más, resultó equivocada. Un japonés también puede ser un enemigo. Imagino que Takama no lo fue por fanatismo, sino por dinero… Alguien le pagó más que Rosengold. Y el dinero sigue siendo más eficaz que toda forma de odio fanático, estoy seguro…

* * *

Lena abrió la puerta.

Lo hizo silenciosamente. Chirrió ésta ligeramente, y sintió la mulata un escalofrío en su tersa piel oscura. Era como sentir que se abría un ataúd ante ella.

No debía de hacer esto. Realmente, era mejor haber confiado en Cole, haberle dicho ,lo que pensaba. .. Pero su curiosidad de mujer, una vez persuadida de que sus sospechas podían ser ciertas, la incitaba a hacer, justamente, aquello.

Contempló las formas dentro de la estancia. Cerró tras de sí, cuidadosamente. Avanzó hacia el amplio lecho, ocupado por cuatro cuerpos, cuatro formas inmóviles.

Cuatro cadáveres.

Spencer Rosengold, Elsie Carruthers, Sue Marston... y un japonés.

Había más cadáveres, pero yacían en el suelo. No había sitio para ellos.

No se ocupó de los últimos. Fue hacia la cama. Los estudió. Su mente trabajaba rápida. Sintió palpitar su corazón bajo los senos que el temor y la incertidumbre mantenían con los pezones rígidos, como si el frío del acondicionador a mínima graduación llegase a su piel y se apoderase de ella.

Sí, estaba segura. Había acertado antes. Ahora lo comprobaba.

Empezó a retroceder lentamente. Casi con sigilo... Como si los muertos pudieran ver y oír...

Y, evidentemente, era así.

Uno de los bultos se movió. Una forma se alzó súbitamente en el lecho, como un resucitado. Como un fantasma...

Lena lanzó un leve gemido.

Y se vio amenazada por una mano rígida, encorvada, que la amenazaba con un *shuriken* de plástico en forma de estrella de cuatro puntas afiladísimas.

—Preciosa, adivinaste la verdad, ¿no es Cierto?—dijo una voz maligna—. Y ahora tengo que matarte...

—Sí —suspiró Lena, inmovilizándose junto a la puerta—. Me temo que sí..., señora Carruthers.

Y Elsie Carruthers, coeficiente nueve de criminalidad en una computadora, contempló malignamente a Lena Tiger, entre los pliegues de su sábana, como regresando del mundo de los muertos.

Dispuesta a arrojar el *shuriken* que, un momento más tarde, volaba de sus dedos engaritados como una garra, para matar a Lena Tiger con el solo contacto de su filo de plástico envenenado...

* * *

Todo fue muy oportuno. Casi providencial.

La puerta de la cámara fúnebre se abrió de nuevo. Frank Cole se arrojó sobre Lena violentamente, arrastrándola en su caída. El *shuriken* mortal se hincó, vibrante, en la madera de la puerta.

Elsie Carruthers lanzó un alarido de cólera y buscó algo entre sus ropas. Rápido, Kwan Shang apareció en la entrada, se precipitó sobre el supuesto cadáver y le inmovilizó en el lecho, con una férrea presa de *kung-fu* de la que ella no pudo librarse, entre aullidos y blasfemias.

—Oh, Frank, ¿cómo pudiste...? —comenzó Lena.

—Recordé lo que estuviste a punto de comentarme. Pero no estabas segura y callaste, Yo recordé, también, que uno de los cadáveres había cambiado ligeramente de posición: justamente el de Elsie Carruthers, Unido eso a que nadie vigilaba la cámara de los muertos, me hizo venir apresuradamente, por si intentaba algo, como así fue. Elsie Carruthers se dispuso una falsa muerte para quedar al margen de toda sospecha y que los demás se mataran entre sí. Es fácil fingir la muerte por un narcótico que provoque una muerte aparente, y fingir una hemorragia con sangre fresca en un recipiente reventado a tiempo, tras fingir que se clavó un *shuriken* trucado... Por una vez, la computadora no se equivocó... Ella era la asesina de los Rosengold, para alcanzar el total de esa herencia...

Eran las doce de la noche.

La policía de Hong Kong esperaba afuera. Elsie Carruthers, esposada, partía para purgar sus crímenes. Alvin, su esposo, sollozaba.

Y el poderoso Irving Rosengold, reteniendo junto a sí a Duke, su sobrino, y a Muriel Hoggart, la amante de su sobrino Spencer, asesinado por Elsie, tendía su mano y su cheque por una fabulosa suma, a Frank Cole y a sus camaradas.

—Gracias, amigos—decía con sencillez—. Ahora sé quiénes me quieren realmente, y en quiénes puedo confiar. Ellos me harán más dulce la vida. Takama confesó que ya no quedan más sectarios vivos del Disco de Jade, de modo que soy libre para siempre... hasta morir cómo cualquier ser humano. Duke y Muriel serán mi compañía, en lo sucesivo, apenas resuelva los problemas legales de Duke. Con dinero, todo se arregla antes, usted lo sabe. Bien, amigos. Nunca olvidaré lo que hicieron por mí. Sólo lamentaré siempre que perdí a Sue en este maldito juego de muerte y de odios... Elsie no pagaría con cien vidas ese crimen abominable e inútil...

—Elsie es algo más que una ambiciosa —comentó Cole—Es una psicópata. Odia por odiar. Y mata a quienes odia... Alvin, su marido, se ha librado de ella a tiempo. El jamás imaginó nada así...

Se apretaron las manos.

Luego, tres dragones de oro se fueron de la mansión del Disco de

Jade.

Era el fin de una extraña historia.

Y con un extraño final.

Pero a eso estaban ya acostumbrados Frank Cole y sus amigos...

Formaba parte de su propia vida.

**F I N**



# ¡KIAI

## HEROES DE LAS ARTES MARCIAL

**EDITORIAL BRUGUERA, S.**
**en su nueva Serie titulad**

## ¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras d
puñado de esforzados personajes que
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la J
CIA.

## ¡KIAI!

es la voz que define la proyección ext
de la fuerza vital que todo hombre p
y que los BUDOKAS han sabido pote
hasta límites asombrosos, como un
más, alcanzado en el transcurso del
camino emprendido en pos de la pe
ción, tanto física como moral.

**APARICION SEMANAL. ASEGUR**
**RESERVA DE SU EJEMPLAR.**

**EDITORIAL BRUGUERA,**
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Es

**PRECIO EN ESPAÑA: 30 P**

Impreso en E

# Notas

[←1]

**Según di taoísmo, el Yang y el Yin son las dos fuerzas fundamentales del Cosmos. Ambas se representan sobre una esfera denominada El Gran Poder Supremo. El Yang, rojo, es el elementó masculino. El Yin, negro, el femenino**

[←2]

**Recuérdese que el protagonista de la serie, Frank Cole, fue anteriormente actor cinematográfico de películas de Artes Marciales, en Hong Kong y Hollywood, y abandonó esa carrera para dedicarse a la tarea de ayudar a los demás, con sus conocimientos y su fortuna, como se vio en el título Tres Dragones de Oro.**

[←3]

**Los shuriken son pequeñas armas arrojadizas, de aceró, del tamaño máximo de una mano. Adoptan diversas formas. La más habitual es la de estrella o la de disco, aunque hay otras muchas. Antiguamente, se utilizaba mucho en las Artes Marciales. Hoy en día, también se practica y ejercita su lanzamiento, como una disciplina más. El que Se especializa en su utilización posee, con el shuriken, un arma realmente temible, pese a su aspecto poco impresionante, (N. del A.)**